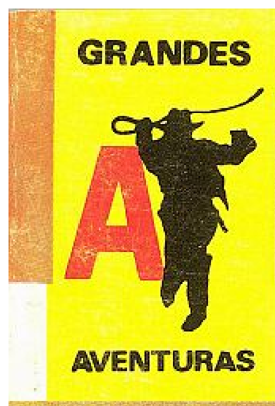




LENTAS PASAN LAS HORAS JUNTO AL RIO

Decidí que ya había bastante.

Había hecho planes de disfrutar de la vida por una vez, aprovechando la poco frecuente ocasión de tener un dinero, y las cosas habían salido al revés. No sólo no había podido disfrutar el dinero, sino apenas tampoco de la vida.

La historia con Paloma había sido divertida, pero al final, estaba otra vez con las manos en los bolsillos. Y en esos bolsillos, cada vez menos fondos.



Indiana James

Lentas pasan las horas junto al río

Bolsilibros - Indiana James - 32

ePub r1.0
LDS 14.05.18

Título original: *Lentas pasan las horas junto al río*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

Decidí que ya había bastante.

Había hecho planes de disfrutar de la vida por una vez, aprovechando la poco frecuente ocasión de tener un dinero, y las cosas habían salido al revés. No sólo no había podido disfrutar el dinero, sino apenas tampoco de la vida.[1]

La historia con Paloma había sido divertida, pero al final, estaba otra vez con las manos en los bolsillos. Y en esos bolsillos, cada vez menos fondos.

España ha dejado de ser un país barato. O será que la cueva de Alí Babá estaba en España, de cuando los árabes estuvieron por aquí, y con lo del Mercado Común alguien ha dicho lo de «Ábrete, Sésamo». O que están decididos a sangrar el bolsillo de cualquier tío que venga de fuera de sus fronteras.

El caso es que lo que te cobran por un *gin*-tonic es un atraco, por un *whisky*, un buen golpe como de una banda organizada, y un combinado te cuesta lo que las joyas de la Corona. O por lo menos, los imperturbables barmans de cejas pobladas me lo intentaban cobrar a mí, por aquello de mi acento americano y de que el dólar aún se cotiza bien en la Bolsa.

O sea, que la Bolsa no sé, pero mi propia bolsa registraba una alarmante baja de cotización. O más bien de existencias. La ruina total galopaba hacia mí como si fuera la Carga de la Brigada Ligera.

Decidí que había que hacer algo. Ya iba siendo hora.

Había intentado quedarme un poco en casa, o sea, en el estudio de Paloma, que amablemente seguía prestándomelo. Mientras ella atendía a tal amigo que estaba grave, a tal otra amiga cuya madre había muerto poco antes, o bien se iba a visitar a unos amigos que vivían en las afueras de la ciudad y se quedaba a dormir allí. Más

parecía una Beneficencia privada esta mujer. Siempre tenía algún amigo que visitar, alguien a quien atender, y para uno dejaba solo algún que otro encuentro ocasional, alguna comida de animada charla, o cosas así.

Ya lo había dicho ella con anterioridad: «Charlar y que me contaras cosas». Eso parecía ser lo que le interesaba de mi compañía. Y no otras «cosas» que yo había creído que caerían.

En una pared del estudio, alguien había colgado, como regalo a Paloma, unos versos que parecían medievales:

> «¡Qué amigo de sus amigos!».
> ¡Qué señor para criados e parientes!
> ¡Qué enemigo de enemigos!
> ¡Qué maestro de esforzados valientes!

Pensé que le cuadraban muy bien. Y que, puestos a convertirse uno en amigo, uno más de la amplia colección, el *status* era bastante agradable, así que era cuestión de aprovecharlo.

Pero ya estaba bien.

Había pasado bastantes horas leyendo en el estudio, o tumbado en la hierba de alguno de los parques que ella y yo habíamos dejado intactos días antes.[2] Me había puesto al día un poco sobre historia reciente, y no tan reciente, de España. Guiado por la nostalgia, había comprado dos libros de autores de mi país, de eso que se llama «nuevo periodismo», y me los había devorado: *The right stuff*, de Tom Wolfe, sobre los primeros astronautas, traducido en España como *Lo que hay que tener*. Me recordaba buenos tiempos, entre ellos los días en que yo también fui astronauta, para bien y para mal.[3] Y luego, dentro del mismo género, y también recordando, más en plan masoquista, otros tiempos, los *Dispatches, Despachos de guerra*, de Michael *Herr*, que me actualizaron mis días en Vietnam. Pero ahora todos esos recordatorios habían terminado, mi dinero se acababa, el aburrimiento me cosquilleaba los adentros, y algo en mí estaba pidiendo guerra, y no de la del Vietnam precisamente.

Es una sensación que conozco muy bien. Un nerviosismo especial que sólo se arregla saltando a un avión o metiéndose en un barco, y poniendo tierra por medio. O agua. O aire. O lo que sea.

Sólo que tiene que ser pronto.

Pero estaba claro que no me iba a librar de Paloma tan fácilmente. Cosa que estaba muy lejos de serme desagradable, claro.

Se lo dije en una comida. En un restaurante chino de cerca del estudio, entre no-sé-qué agridulce y
chop-suey
de qué-sé-yo.

—Vaya —dijo, con una de sus sonrisas, un poco pensativa esta vez—. Yo te pensaba proponer algo parecido.

La conocía ya lo bastante para saber que las proposiciones de Paloma nunca son «deshonestas». Una lástima.

Más sonrisa, y vaivén de cabellera, en su típico estilo «fuegos artificiales de acompañamiento de cuando hay que decir algo serio». *Flash-flash* de ojazos. El menú completo.

—Tengo que ir de excavaciones. Un poco más de arqueología. Había pensado decirte que te vinieras con nosotros. Un equipo pequeño, pero de gente muy agradable, bien compenetrados.

Era obligado preguntarle dónde. Pero cuando respondió, había habido un cambio en la sonrisa. Como una sombra.

—Portugal. En el sur, junto al Guadiana. En lo que llaman Alentejo.

Pero el cambio de actitud era tan evidente que le pregunté la razón.

—Estuve allí hace unos años. Me trae malos recuerdos.

Y volvió a sonreír como antes. Lo que fuera, borrado. Y uno, que a pesar de lo que parezca es un discreto, no insistió.

Pero ahora se me puso picara, la muy bruja, para añadir:

—Bueno, y hay otra cosilla…

Malo. A saber por dónde saldríamos.

—Huh… bueno, se trata de alguien que está dando la lata. Un rico propietario de la región. Parece que no está de acuerdo con que se moleste a los antepasados, con que se remueva el suelo patrio o algo así. Ha tratado de oponerse a que nos concedieran los permisos. Pero no ha podido conseguirlo.

Ya me había imaginado yo que no me contrataban por mi fama de arqueólogo, precisamente. Si de algo tengo fama, podría ser de destructor. Y no por culpa mía, lo juro.

—Ya. ¿Y mi misión, entonces, sería…?

—Bueno, nada importante. Estar por allí, echar una mano, y hacer presencia de vez en cuando.

Bravo. Eso podía ser hasta un cumplido y todo.

—Pagarán bien —añadió—. Es una cosa en colaboración entre los dos Gobiernos, el español y el portugués. Hay dinero, por una vez, tratándose de arqueología.

Que me perdonen los historiadores, la ciencia, la cultura, los museos y la arqueología en general, pero eso era lo importante para mí en ese momento. Y bueno, puestos ya a conocer otro país de esa zona, no era mala perspectiva.

—Además, vamos sobre seguro. Estuvimos trabajando por allí antes, se han analizado los restos que salieron, y sabemos por dónde buscar. No vamos a tientas, como suele pasar en estos casos, y no perderemos tiempo. Es un trabajo bonito, creo que te gustará. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Más *flashes* de ojazos. Estaba poniendo interés en la cosa. Le apetecía que yo aceptara. Y eso siempre halaga.

—Bueno —dije—. Siempre que me garantices que el equipaje y el material se embalarán en paquetes de cartón, o con papel. Y que iremos en coches o camionetas, siempre en vehículos de motor.

Los ojazos de Paloma, abiertos con sorpresa, eran como el Titicaca, o el Iguazú al pie de las cataratas, o un buen atolón, cualquier lago de esos de ensueño, pero en más.

—¿Por qué? —dijo.

—Porque, tratándose de ti, no quiero más bolsas de plástico, sean de Harrod’s o de donde sean, ni más caballo, ni mulas, ni …[4]

Y bueno, cuando se ríe Paloma, toda la música que en el mundo ha sido, incluida la que ella investiga por esos archivos, pues a la altura del más pachanguero de los «hits parade».

Sólo que luego conduce como conduce. Pero esta vez yo tenía mis planes.

—Conduciré yo esta vez —dije con firmeza, cuando hubimos cargado. Y añadí mi argumento definitivo—: Ya sabes, me llaman Indiana desde los tiempos en que corría en Indianápolis.

No parecía muy impresionada.

—Anda, no. Mi coche es muy susceptible, está acostumbrado a

que lo lleve yo. Déjame.

—No te preocupes, pondré manos de terciopelo. Sube por ahí, y déjame el volante a mí.

Exhibió la gama completa. Me enfocó con los ojazos, sacudió la cabellera, sonrió… «Mujeres», pensé. Y nada, yo duro.

Pero luego hizo un mohín muy femenino, y argumentó:

—Es que si no conduzco me mareo siempre. No querrás que lo ponga todo perdido vomitando, ¿verdad?

Mujeres, claro. Por qué será que siempre se salen con la suya.

Tragué saliva en la puerta del estudio, cuando arrancamos. Saliva, digo, para intentar tragar lo que se me había atravesado en la garganta. Pero no.

Lo hice durante todo el camino.

Y en la frontera.

«Lo» que se me había atravesado no bajó a su lugar hasta llegar a destino, ya en Portugal.

Yo buscaba acción, movimiento. Pero dejar conducir a Paloma es la más suicida de las emociones fuertes. Ríanse de Indianápolis.

Y ya me conocen. Sé lo que digo.

CAPÍTULO II

Los portugueses son de un ceremonioso que tira de espaldas. Te agradecen con un «obrigado» cualquier gesto, y están dispuestos a no bajar el tratamiento de «doutor» a quien les merezca el más mínimo respeto. No soy doctor en nada, como no sea en millas, y más bien me resulta de risa que me llamen así. Pero ahora, a todos los efectos, éramos grandes autoridades en arqueología venidos de fuera, y yo era miembro del equipo. O sea, que si Paloma era «señora doctora», yo tenía que aguantarme con lo de «señor doctor». Era cosa de acostumbrarse.

Menos mal que luego, por contradicción o por repetición, ella se convertía en algo así como «sóra d'tora», y pronto «sotora». Los demás del equipo eran algo parecido, y yo, «sotor». Resultaba más soportable que lo otro.

De todas formas, ya me conocen. Uno ha hecho de todo, incluido lo de arqueólogo, y hasta de arqueólogo submarino.[5] Pero el trabajo minucioso de la arqueología, eso de tirarse horas y horas con un cepillo y palillos de dientes para ir quitándole átomo tras átomo de tierra a un cráneo, la verdad, no es lo mío. Si además hay alrededor atmósfera de inmenso respeto, como si estuviéramos hurgando en las mismas esencias de la Madre Patria local, pues me hace muy poca gracia. Sólo que, puestos a vivir de algo, conozco maneras más duras de ganarse el pan.

Me salvó un amigo. Una amistad de las que a mí me gustan. Alguien que me acogió, o me lo pareció a mí, como hacen los perros cuando te ven desde lejos. No tenía rabo que mover como loco, pero creo que nos entendimos a primera vista, y se creó una amistad que me compensó de muchas cosas. Entre otras, de la manera de

conducir de Paloma, y de haber tenido que dejar que fuera ella quien llevara en sus manos nuestros pellejos durante un tiempo de suicidio diario.

Se llamaba Quad. Era un British Quad Gun Tractor, y así lo decía aún en sus papeles, milagrosamente conservados en la guantera, o lo que fuese, a través de toda su azarosa existencia.

Era, claro, un camión.

Un cuatro ruedas motrices, alto y chato sobre sus neumáticos gigantescos, de grueso dibujo hecho a otras latitudes. Cuando se le rebuscaba, aún tenía en los rincones de la chapa su poquito de arena del desierto y todo. Ya me dirán por qué nos entendimos a primera vista.

A saber cómo había llegado al Alentejo. Portugal debió de comprar material de desecho británico de cuando la guerra con Rommel, lo del Alamein y todo eso, porque luego he visto camiones Chevrolet y Quad de aquellos días en los desguaces de allí. Pero no debieron de servirles al ejército durante mucho tiempo, sobre todo desde que perdieron las colonias. Quedaran para los cementerios de coches, o para ventas de segunda (más bien sexta o séptima) mano, probablemente baratos. Así llegó a nuestras manos, y a las mías. Y nos reconocimos como viejos amigos.

Me concentré en las labores de apoyo, y estuve en mi elemento. Venga de saltos por los caminos de tierra, entre alcornoques, olivos y encinas. Feliz.

«Hacer presencia», había dicho Paloma. Bueno, pues eso hacía.

Se excavaba en tres lugares, a bastantes kilómetros de distancia a lo largo del río Guadiana. El más al norte, Moura, una ciudad de mediano tamaño, con vieja historia, alrededor de un castillo destruido a medias, en el que se investigaba.

Al sur, Mértola, sobre un emplazamiento maravilloso, una colina entre dos ríos a buena altura sobre el agua, con el Guadiana formando curva allí abajo. Y en medio, Sao Martinho, que no llegaba ni a poblado. Un lugar en torno a un dolmen milenario, en lo alto de una colina. Todo alrededor, y en la falda de esa colina, había restos que resultaban como un manual de historia antigua. Moros, romanos, griegos, fenicios, y de ahí para atrás. Me perdía.

A mí, si me sacan de este siglo… Llego hasta el diecinueve, y con trabajo.

O sea, que me eché a los caminos, y que me perdone quien quiera. Cuando los siglos y los milenios me daban vértigo, me agarraba al volante del Quad, y a llevar material o recoger de acá para allá a unos y a otros.

Bueno, pues en uno de ellos, fui con Paloma de Sao Martinho a Moura.

Si pensó que conducía despacio, no dijo nada, muy prudente. La verdad, a los mandos de un buen camión, no desmerezco. No es como mi Indianápolis pero me porto.

Más bien procuré vengarme, esa y otras veces, «haciendo bailar la carga», que dicen los marinos. Pero no dijo nada.

El grupo de Moura estaba encabezado por una pareja, Mercedes y Jesús, de los que la arqueóloga era ella. Se había traído a la familia, incluidos dos críos rubísimos bastante intuitivos que parecían mellizos. Fue Mercedes quien nos salió al encuentro nada más aparcar el Quad a la entrada del recinto del castillo, una entrada en túnel bastante pintoresca.

Venía muy nerviosa, excitada. Corrió hacia Paloma.

—¡Nos están amenazando! —dijo—. ¡Hay unos tíos ahí arriba que quieren impedir que sigamos excavando!

Bajé del camión en plan de combate. Mientras las mujeres iban hacia el cercano Ayuntamiento, o como lo llamen en Portugal, en busca de ayuda, enfilé el túnel con más rapidez de lo que debieron hacerlo nunca los más belicosos asaltantes de sus tiempos.

Me pagaban para eso, ¿no?

Desemboqué en una explanada llena de ruinas en distinto estado de conservación. A la derecha había uno de los cortes donde se excavaba, pero el personal debía de encontrarse arriba. Subí la colina en tromba.

En la parte alta queda en pie aún lo que fue, por lo visto, un convento del siglo XVII, hecho sobre una mezquita anterior. Nadie allí tampoco.

Y arriba del todo, hay un castillo del siglo XIII que se mantiene bastante bien, con parte de la muralla. Las excavaciones se han hecho desde hace años allí, en una especie de patio. Y desde allí llegaban las voces.

Crucé el portalón, donde estaba aparcada la furgoneta-vivienda de la familia. Al otro lado, junto a las zanjas de trabajo, los obreros

portugueses contratados para excavar escuchaban a unos cuantos tipos cuya pinta no me gustó nada. El resto de la gente de las excavaciones estaba intentando dialogar con los recién llegados. El primero de ellos, Jesús, marido de la chica que acabábamos de ver.

El que hablaba era claramente un tipo adinerado, un labrador enriquecido de la comarca. Iba vestido con la típica vestimenta de abrigo de la comarca: la capa alentejana, una especie de macfarlán estilo Sherlock Holmes, pero de paño grueso, oscuro, que llega hasta el suelo casi.

No hacía frío para tanto. Si la llevaba era desde luego para impresionar, como símbolo de poder y riqueza.

Gesticulaba al gritar. Y además, hacía una y otra vez el gesto ese que los latinos utilizan para hablar de dinero: el dedo pulgar frotando las yemas de los dedos vueltos hacia arriba. Estaba claro de qué hablaban.

Estaba claro también que éste era el individuo del que habló Paloma.

Y el grupo lo completaban tres hombres más. La pinta era más de matones que de otra cosa, aunque eran hombrones de campo desde luego. Sólo que no los habían contratado para destripar terrones, precisamente. Ni para «hacer presencia». Probablemente les pagaban para tener a alguien dispuesto a destripar lo que hiciera falta. Por ejemplo, humanos.

Los españoles entienden el portugués con facilidad, está muy cerca de su lengua. Yo bastante tengo con entender a los españoles. Pero ni unos ni otros podemos seguir a los lusitanos cuando empiezan a hablar rápido. Venga a soltar eses, terminaciones en cáo y en inho, esas cosas. Y eso hacía ahora el adinerado.

No me detuve a preguntar. Mercedes ya había dicho bastante.

Nada más llegar, solté:

—¡Y una mierda!

Qué parlamentario se perdieron las democracias del mundo. Si me hubiera dado por la política y la diplomacia… Por lo menos, un par de intervenciones públicas con el éxito de atención de entonces, y carrera política triunfal.

Todas las caras se volvieron hacia mí.

Y yo aún jadeaba de la carrera cuesta arriba por la colina.

—¡Digo que una mierda! ¡Y el que quiera, que me contradiga!

A los latinos les encantan estas actitudes, y donde fueres haz lo que vieres, que dicen ellos. De todas formas, aquellos tíos me habían caído antipáticos.

Ya he dicho que los portugueses son ceremoniosos. No les cabe en la cabeza lo de faltar al respeto al superior, a pesar de todas las revoluciones. Quizá por eso les ha salido rana la última, la de los claveles.

Yo le había plantado cara al que se estaba viendo que era un cacique, y estaban perplejos.

Jesús, el marido de la arqueólogo, metió baza muy oportunamente, en mi ayuda.

—¡Mi compañero tiene razón! ¡Este trabajo tiene todos los permisos legales para hacerse! ¿Quién es este hombre para venir a impedirlo?

Los tres matones del de la capa hicieron un movimiento. Nos estudiaban. Estaban midiendo las fuerzas de los rivales.

Jesús es la viva imagen de don Quijote. Un castellano de como dos metros de alto, pero el ancho creo que no llega a los treinta centímetros. Vegetariano, junto con toda su familia, pero fuerte como uno de los robles de su tierra. Pura fibra el tío. Tiene unos ojos bondadosos, pero le salen de justo encima de una barbaza que, acompañada del potente vozarrón, impone respeto. Y en cualquier caso, sólo con dejarla caer desde allí arriba, cualquier voz ya impondría ese respeto.

Y en cuanto a mí… Bueno, pues qué les voy a contar.

Los obreros del lugar eran unos doce o trece, pero no sabían de qué lado ponerse. Y luego estaba João, el representante de la universidad portuguesa en aquel *show* excavatorio. Sólo que abultaba poco, era más bien ratón de biblioteca. Poca ayuda en caso de pelea.

Se hizo el silencio. Por si acaso, procuré acercarme a donde estaban los picos y las palas. Nunca se sabe.

Los tres matones tomaron posiciones, amenazadoramente.

Jesús se fue poniendo, despacio y majestuosamente, cerca de mí. Sin prisas, sin perder la compostura. No es un tipo de pelea, pero tampoco de los que se echan atrás. Y me gustan los españoles cuando les sale a flote el sentido de la justicia.

¿Saben lo de que «el ambiente se podía cortar con un cuchillo»?

Pues eso.

Pero el de la capa debía ser un diplomático, además de ceremonioso. Sujetó a los matones.

No entendí mucho de lo que dijo a continuación, ya digo que el portugués no es mi fuerte. Pero sonó a algo así como «no hay que enfadarse, somos personas civilizadas, ya nos veremos en otra ocasión», y mucho «senhores», «doutores» y demás.

Y a continuación, hizo una seña a los hombrones, y se marchó. Los otros soltaron un par de gruñidos, como los perros guardianes cuando te dejan pasar de mala gana pero quieren dejar claro que es porque obedecen órdenes nada más, y le siguieron.

«GONG», pensé. Fin del primer asalto. Resultado, tablas.

Porque aquello olía a problema, y la cosa podía ser larga. Dudé que los motivos del tío fueran culturales o patrióticos.

Jesús vino a palmearme la espalda. Dijo algo elogioso para los «tíos bragados».

Por el camino arriba llegaron Paloma y Mercedes, jadeantes por la cuesta. Les acompañaba el más escuálido guardia municipal que yo haya visto nunca. Para representante de la autoridad, no la dejaba en postura de fuerza.

—¿Qué les habéis dicho? No iban de muy buena cara.

Jesús les contó. Para lo que había que contar, terminó pronto.

—Abajo les esperaba otro individuo —dijo Paloma—. Estaba en un Patrol. Matrícula de por aquí.

—Yo le conozco —informó João, el portugués—. O senhor da capa alentejana es un latifundiario da região. Tiene su monte junto ao Guadiana, cerca de Mértola y de Sao Martinho.

Paloma estaba pensativa.

—Parecía extranjero —dijo.

—¿Quién? ¿El de la capa?

—No, el del coche —dijo Paloma—. Y no me gustó su aspecto.

Estuve a punto de hacer el John Wayne y decir aquello de «esto no ha sido más que un primer tanteo, atacarán cuando hayan reunido al grueso de las fuerzas». Pero me callé.

En las caras de preocupación de los presentes se veía que, con otros actores quizá para la película, más o menos pensaban algo parecido.

CAPÍTULO III

También como en las películas, el ataque vino de donde menos se esperaba. O quizá no fue un ataque.

Dos días después, al llegar a Sao Martinho en mi querido Quad, trayendo un buen cargamento de «vinho verde» como noticia cumbre con la que alegrar el ánimo, me encontré con un recibimiento no muy efusivo.

Pero sí contundente.

Una pala que golpeó la puerta del camión al bajarme yo, justo donde un segundo antes había estado mi cabeza.

Me volví justo a tiempo para esquivar el segundo golpe.

Uno de los trabajadores portugueses volvió a dar con la pala en la puerta de «mi» Quad.

Ah, no. A mis amigos no. Eso no lo aguanto.

Quizá me pasé, pero hice lo clásico: frenar el avance con directo a la mandíbula, doblar al adversario hacia delante con cañonazo al esternón, algo por debajo quizás esta vez, y enderezar de nuevo con gancho al mentón. Tío hacia atrás, al suelo, y a otra cosa.

Le observé. Era uno de los contratados por la Cámara municipal para excavar. Trabajadores en paro, hombres del campo, buena gente. ¿Por qué me habría atacado sin mediar palabra?

Oí gritos colina arriba. Allá fui.

Otra vez a jadear subiendo cuestas. ¿Por qué a los antiguos no les dará por dejar sus restos en sitios más accesibles? ¿Qué tendrían contra los llanos?

Paloma sujetaba a un recio alentejano empeñado en partir en dos con un pico a Mário, otro de los arqueólogos portugueses, de padres españoles. Había otros dos de los trabajadores aumentando la *melée*, muy en plan *rugby*.

Me lancé de cabeza a esa *melée.*

Hice volar por los aires, lejos, el pico.

Repartí mensajes de puño por todo alrededor.

Y alguna patada.

O sea, hice «presencia», como Paloma me encargó en su día.

Al terminar, los tres alentejanos estaban tendidos por el suelo, y Paloma recobraba el aliento mientras yo ayudaba a levantarse a Mário y comprobaba su integridad física.

—¿Pero qué les pasa a éstos, de pronto? —dijo Paloma.

—No lo sé —aclaró Mário, frotándose la espalda—. Se me echaron encima, con ojos de loco, y me defendí. Son buena gente, estaban tan a gusto con nosotros esta misma mañana…

—¡El dolmen! —dijo Paloma.

Volví a correr cuesta arriba. Tres de los trabajadores se dedicaban a golpear con los picos las rocas del dolmen. Una tontería, porque eran verdaderas moles de piedra. Cuatro columnas de roca, por llamarlas de alguna manera, que sostienen una especie de techo de una sola pieza. Las columnas, como de metro y medio de grueso, y la losa de encima, de su buen medio metro, y así como dos de extremo a extremo. El monumento, o lo que fuera, ha aguantado bastantes siglos en donde está, y los picotazos de los trabajadores no iban a hacerle demasiado daño.

No hubo que repartir puñetazos esta vez. Intentaron volver las herramientas contra mí, pero obedecieron las voces de la «sotora». El respeto ante todo, seguían siendo portugueses.

—Mírales los ojos, Indy. Están drogados —dijo Paloma.

Estaba claro, parecían zombiés. Uno de ellos, alejándose, empezó a descender la colina, y se tambaleaba como borracho. Giraba sobre sí mismo, alzaba los brazos, daba puñetazos al aire… De los que estaban aún junto a nosotros, uno se mordía los puños.

—Pero ¿cómo puede ser…?

—Ni idea —respondió Paloma. Tú traes la comida, eres quien más puede saber si alguien ha añadido algo.

Y yo podía jurar que no… ¡Dioses!

Ordené a Paloma que se quedara allí, para ayudar a Mário a poner un poco de orden. Los trabajadores parecían haberse calmado, y de todas formas Paloma era muy capaz de controlar la situación. Había otras cosas que me preocupaban.

Entré en mi Quad casi de cabeza. Arrancó más dócilmente que un potrillo, y galopó exactamente como si lo fuera. De verdad que a aquel trasto sólo le faltaba mover la cola. Bravo por los ingleses de preguerra haciendo camiones.

São Martinho está bastante cerca de donde el riachuelo Terges confluye con el Guadiana, que por esas latitudes es un buen río, de riberas altas en plan acantilado. Mértola está a unos cuarenta kilómetros por carretera, pero para llegar a la carretera hace falta un buen trecho por un camino infernal de tierra. Ya digo que no es ni siquiera un poblado, apenas un lugar, con un dolmen, eso sí.

O sea, que hizo falta toda la agilidad del arrastrador de cañones («gun tractor», que es la calificación técnica del Quad) para salir a la carretera en el tiempo récord que yo necesitaba… y que logré.

—En el próximo París-Dakar, compañero —dije al camión—, tú y yo nos llevamos el trofeo de camiones.

Saltando sobre un bache, el Quad ronroneó complaciente.

Estaba seguro: si lo de los trabajadores drogados era cierto, en los otros dos puntos de excavación debía haber pasado algo parecido. Y no quería ni pensar…

El único punto débil del Quad es que, como buen vehículo británico, tiene el volante a la derecha. Bastante molesto para circular por el Continente, como dicen ellos. Pero lo compensaba lo muy alto de las ruedas. No había dificultad en mirar todos los obstáculos desde arriba.

Pobres portugueses con los que me encontré por el camino, cuando salí a la carretera. Nadie les había avisado de esta etapa del París-Dakar con un solo participante.

Había cruzado el Guadiana por un puente milenario casi al bajar de la colina de Sao Martinho, y lo había dejado muy atrás para salir a la carretera. Cuando lo vi de nuevo allá delante, y abajo, supe que estaba junto a Mértola. Un momento después cruzaba, a todo gas, el puente, que no tendrá más de veinte años.

Hasta que lo hicieron, aún cruzaban en transbordador. Menos mal que les había llegado el progreso.

Sembré el pánico en la plaza principal de Mértola, cruzándola a todo lo que daba el Quad.

Y luego venían las calles.

La ciudad debió ser inexpugnable en su época. Está hecha sobre

una colina, una especie de triángulo, o más bien de pirámide triangular, entre el Guadiana y otro río menor. En el tercer lado le pusieron murallas, y a ver quién conseguía entrar allí. Hay muchos pueblos en el sur de España, Italia y Grecia construidos así. Y en Portugal.

Lo malo son las calles que resultan en una ciudad semejante. Los habitantes se conservan muy ágiles, eso sí. Subir y bajar cuestas es muy bueno para la salud física.

Trepé con el camión como a buen seguro aquellas piedras no habían visto hacerlo en su vida. Arranqué trozos de cal de las paredes. Un burro cargado de frutas salió despavorido, perseguido por su dueño, regando la carga. Pero no podía parar.

Ya arriba, hay una antigua mezquita, que luego ha sido iglesia, construida en un lugar donde se domina el Guadiana. Delante de ella hay una cruz de bastantes siglos. Giré en torno a esa cruz, y hacia la mezquita, en dos ruedas. Ni Paloma lo hubiera mejorado. Frené ante la mezquita, como si llegara tarde a las oraciones, y corrí hacia lo que los portugueses llaman campo arqueológico, a los pies del castillo.

Sí, había follón. No me había equivocado.

Y esta vez no eran dos o tres. No pude contarlos.

Tampoco distinguí bien quiénes eran quiénes. Este sitio estaba casi por completo bajo jurisdicción de los portugueses, y sólo había un par de españoles. Así que, entre los muchos que se intercambiaban porrazos, no sabía quiénes estaban de una parte y quiénes de otra.

Creo que fue un francés, en no sé qué guerra de religión, quien dijo, en una situación parecida, «matadlos a todos, Dios ya reconocerá a los suyos». Yo hice algo parecido.

Al primero que se volvió hacia, mi le aticé una patada en pleno estómago. El palo que tenía en alto se quedó un instante allí arriba, tan rápido fue el gesto del hombre de soltarlo y agacharse, antes de caer.

El siguiente rodó dentro de una de las zanjas de excavación, de cabeza, dispuesto a convertirse en resto arqueológico él mismo, aunque un poco reciente.

Salté luego por encima de otra de las zanjas sobre un grupo en medio del cual estaba Aquilino, un profe de la Universidad de

Coimbra. Agarré por el cuello a uno de los alentejanos que la tenía tomada con él, y lo mandé rodando monte abajo, hasta parar contra una tapia.

A otro, le apliqué una llave de muñeca, que fue lo primero de él que alcancé. Le doblé el brazo hacia arriba, con lo que agachó la cabeza con repentino interés por la tierra excavada. Para que ampliara estudios, lo mandé con una patada adentro de otra de las zanjas.

Tras comprobar que Aquilino se encontraba en buen estado, me fui para los demás.

Hice un descubrimiento: el agua los calmaba.

Probablemente porque era temprano, y debía estar fría. Pero cuando, sobre la marcha, volqué un barreño (creo que con alguna valiosa cerámica en el fondo, que estaba siendo lavada, pero cualquiera se para a mirar) sobre tres robustos alentejanos, se quedaron bastante parados. Luego empezaron a moverse muy despacio, como zombie, con los ojos idos, vacíos, casi en blanco.

O sea, que agarré una manguera, di presión, y rocié a todo el mundo. A todos, sin excepción. Democráticamente.

Aquilino se me acercó, comprobando con la mano en las costillas que aún estaba entero. Yo seguí un poco más en plan bombero, refrescando ánimos. No creo que les gustase, pero éstos no eran españoles, así que dejaron a mi madre en paz.

—No cumprendu —dijo Aquilino—. De manhá tudos ficaban bem…

Le interrumpí. Esa parte del guión me la sabía.

—… Y de pronto empezaron a atacaros, te defendiste como podías, estaban como locos… Ya, estoy al corriente.

Puso una cara de sorpresa bastante cómica.

—¿Cómo pode saber…?

Le expliqué rápidamente lo que había pasado en Sao Martinho.

—Y mucho me temo que en Moura esté pagando lo mismo. Rápido, ¿puede alguien haber llegado donde la comida, haber puesto algo…?

—Nao sé. Pero os trabalhadores són…

—Buena gente, lo sé, no son ellos los culpables. Pero alguien lo ha hecho, han puesto lo que sea en el agua, o en los alimentos, o en el vino, donde sea. ¿Tienes alguna idea de quién, o cómo?

Entre lo aturdido que estaba, y lo muy concentrado en su trabajo que andaba siempre, no tenía ni idea. Y los otros, lo mismo. No fueron de mucha ayuda.

Di instrucciones de que llevaran a analizar el agua y los alimentos. Tenía sólo la pista de que todo hubiera empezado a la misma hora, justo después del bocadillo de media mañana. O sea que algo… Lo que fuera, lo habían puesto en lo que se había tomado en ese momento.

Volví a mi camión, y bajé de nuevo hacia la carretera, atravesando el pueblo de forma parecida a la anterior. Pobres portugueses, no creo que supieran lo que se les venía encima cuando dieron los permisos de excavación.

Enfilé la carretera de Moura en plan Paloma, con eso está dicho todo. Pero la familia vegetariano-arqueológica de allí me tenía preocupado. Estaban los niños incluso, y si la cosa había sido violenta en los otros dos lugares, allí… Tenía que llegar cuanto antes.

Presté poca atención a los coches que se salían de la carretera al verme llegar. Pero hubo uno especial.

Lo vi venir en dirección contraria, y tuve una de mis corazonadas.

Y mis corazonadas son infalibles por lo general, ya saben.

Así que la seguí, claro.

De un volantazo, atravesé el Quad en mitad de la carretera. Incluso maniobré para asegurarme de que bloqueaba el paso convenientemente.

El Nissan Patrol que llegaba tuvo que detenerse, con un buen frenazo que dejó media rueda en cada huella negra sobre el asfalto.

«Un Patrol, matrícula de por aquí», había dicho Paloma cuando lo del terrateniente de la capa alentejana. Éste era un Patrol, y con matrícula de por allí.

Los Patrol, en Portugal, son siempre de importación, no como en España que los fabrican bajo licencia. O sea, que no hay muchos.

Y sólo creo en las casualidades cuando las protagoniza Paloma. Por experiencia.

Nos quedamos mirándonos, el tipo y yo. ¿Se acuerdan de aquella película, *Junior Bonner*, en la que el Steve McQueen se enfrenta con su coche a una excavadora amenazante? Pues algo así debíamos de

parecer los dos, el Patrol y mi Quad. Sólo que la excavadora era yo.

«Parecía extranjero», había dicho también mi amiga.

Éste lo era. Y no precisamente un ingenuo turista.

Mentalmente, lo coloqué de portada en la siniestra revista que se edita en mi país, *Soldier of fortune*. No hubiera desmerecido lo más mínimo.

Un verdadero hijo de puta. Una mezcla de gánster de Chicago y mercenario en África Central. Le podías colocar un látigo en la mano y te lo imaginabas despellejando prisioneros con toda calma.

Fue un momento, pero muy largo.

Le estudié.

Me estudió.

Nos tomamos los dos las medidas, uno al otro, cuidadosamente. Algo nos decía a ambos que no iba a ser el último encuentro.

Yo no podía probar nada, pero mi sexto e infalible sentido me decía que tenía delante al culpable de lo de la droga, y a saber de cuántas cosas más en el futuro.

El, por su parte, debió de leerme el pensamiento también. O sea, que supo que la declaración de guerra estaba hecha.

Embragó el Patrol, soltó un pelo de gas, y volvió a embragar. El Patrol pegó un salto hacia delante, como amenazando.

Yo hice algo parecido, moviendo el Quad de un lado a otro de la carretera, siempre atravesado.

No hacía falta decir más. Estaba claro todo.

Repitió la maniobra amenazadora. Saltó otro medio metro hacia delante. Si hubiera tenido un caballo, lo habría puesto en dos patas, braceando.

Yo giré el volante hacia él, y una de las descomunales ruedas del Quad avanzó unos centímetros hacia el morro del Patrol. Frené de golpe luego, y toda mi máquina se estremeció adelante y atrás, con un buen juego de viejas suspensiones. Mi especie de oso sobre ruedas también podía ponerse rampante.

Fue él quien se rindió. Aunque procuró hacerlo dignamente.

Sabía los límites de su máquina, así que usó las posibilidades.

Dio un volantazo a la derecha, saltó la cuneta, salió de la carretera…

… Zambulló el morro del coche entre los matorrales de fuera…

… Y un instante después saltaba entre los árboles, aplastando la

vegetación, y abriéndose camino como barco entre la espuma del oleaje.

Salió a la carretera unos metros a mi izquierda, mientras yo le observaba. Me dirigió una última, fugaz y asesina mirada, y aceleró. No dejó detrás más que una nube de polvo, y restos de vegetación sobre el asfalto.

Así que maniobré de nuevo y seguí camino, otra vez a todo gas.

Tenía la impresión de que aquello iba a traer cola. Una larga cola.

Capítulo IV

Para mi sorpresa, en el castillo de Moura reinaba la calma.

Y eso que llegué con camión y todo, entrando por el túnel del castillo en tromba, y subiendo la pendiente como un kamikaze. Pero fue cruzar el portalón, y encontrarme con una paz y un silencio que más parecía un monasterio tibetano.

Varios de los trabajadores dormían tumbados al sol. Como la típica imagen de los mexicanos ante la cantina, pero sin sombrero. O con el negro sombrero alentejano, que es más bien pequeño.

Me salió al encuentro el crío mayor, Miguel. Tiene pinta de angelote, pero pintado por El Greco. O sea, tan largo y delgado como su padre.

—Hola —dijo—. ¿Tú no te has puesto malito le comer queso?

Detrás venía Aurora, versión femenina, y menor del mismo diseño. La madre también es delgada, o sea que…

—Los señores sí. Dice mama que no hay que comer queso. Pero a mí me gusta.

Les dije cualquier cosa, y seguí hacia las excavaciones. En el fondo de lo que allí es ya un buen foso, estaba Mercedes, usando un cepillo de pelo largo para dejar al descubierto un trozo de cerámica.

—Hola, Indiana —dijo, sonriente, como si nada—. ¿Has visto a los niños?

Parecía darme la bienvenida a una merienda hogareña. Faltaba poner en alguna parte del foso lo de «hogar, dulce hogar».

—Pero… Pero oye, ¿no ha habido líos con…?

Como si le hubiera preguntado por un dolor de muelas.

—Ah, sí. Bueno, un poco. Los portugueses deben haber atrapado una intoxicación. Pero Jesús les ha dado bastante leche con el desayuno de media mañana, y ya está. Ya sabes lo buena que es la

leche para absorber toxinas.

Me impacienté. Los vegetarianos tienen tendencia a echarte discursos sobre alimentación. Busqué a Jesús, pero ya venía hacia mí, saliendo del barracón que servía de alojamiento de los trabajadores. Una antigua nave de almacenamiento, allí al lado, dentro del recinto del castillo. Creo que había servido de local a los «escoteiros», la versión portuguesa de los *boy-scouts.*

—Hola, Indiana. Habrá que tener cuidado con los alimentos, ¿eh? Parte de ese excelente «queijo» alentejano venía en malas condiciones.

Dioses, malas condiciones. A la droga que había lanzado contra nosotros enloqueciendo al personal, le llamaba malas condiciones.

—No hay que preocuparse —añadió—. Hemos bebido todos leche abundante, que aquí es barata y de buena calidad, sin química ni adulteraciones, y todo solucionado. Los contratados habían comido algo más, y como estaban muy nerviosos les he dado una infusión bastante fuerte, con tila, anís estrellado, cinamomo y…

Le corté el discurso pedagógico-vegetariano. Escuchó atentamente lo de la posible droga.

—Mmmm, puede ser. Ya sabes que el «queijo» de aquí tiene un sabor muy penetrante, aunque es bonísimo. Los hombres del campo lo comen en cantidad porque lo hacen ellos mismos, pero a nosotros nos resulta fuerte. Quizá por eso…

Los dos críos, siempre angelicales, se habían acercado.

—Fue Miguel —dijo Aurora—. Miguel lo dijo.

—Es verdad —intervino Mercedes, desde el foso—. Y lo dijo antes de probarlo. Así supimos que algo pasaba, y nosotros no hemos comido «queijo».

Miré al crío, que estaba muy satisfecho de su sabiduría. Me dio un respeto especial. Yo sabía que eran intuitivos los dos, pero en este caso habían batido el récord.

—Funcionan así —dijo Mercedes, siempre desee abajo—. Son como los mellizos, todo lo intuyen.

El par de rubísimos delgadísimos sonreía con pinta de duendes del bosque. Estaban tan contentos.

—Ha sido el señor malo que tiene un coche grande —dijo Aurora.

Dioses. Aquellos críos eran un detector en miniatura, por

duplicado. Pregunté a Jesús:

—¿Qué sabéis de eso? ¿Ha estado ese individuo por aquí?

—¿Qué individuo? Los niños llevan dos días hablando de un señor malo, pero creí que eran juegos suyos.

—Te lo dije, Jesús —dijo la madre—. Yo sé cuándo los niños están fantaseando y cuándo no.

Jesús hizo un gesto de impaciencia. Antes de que se liaran en una discusión conyugal, les interrumpí:

—Escuchadme, es importante. ¿Ha estado por aquí, se ha acercado a los alimentos, el extranjero del que habló Paloma?

Tuve que recordarles de quién se trataba. Al final, resultó que las cajas de víveres se habían pasado algunas horas a la entrada del recinto, sin vigilancia. Bien pudo haberse acercado a ellas quien fuera.

Miré a los dos críos. No eran testigos válidos para una investigación, claro. Pero me pregunté qué más podían decirnos.

—Fue el señor malo, indiana, de verdad —dijo Aurora.

—¿Nos vas a llevar de paseo en tu camión amigo?

Me rasqué la oreja. Y luego el cuello. Y sentí ganas de rascarme todo el cuerpo. Las intuiciones de los mocosos me estaban dando picores en toda la anatomía. Ahora lo de camión amigo, ¿qué podían saber de mi aprecio por el Quad?

—¿Porque el camión es amigo tuyo, verdad? —dijo Miguel, tímidamente.

De pronto me entró prisa. Mucha prisa. Unas ganas tremendas de salir corriendo. Me excusé con la pareja, les dije adiós a los niños, balbuceé un par de instrucciones rápidas para cuando se despertaran los trabajadores, y salí corriendo.

Maldita sea, soy un tío pragmático. No me gustan los misterios. Pero me había sentido por un momento exactamente como si los dos rubios me estuvieran leyendo el pensamiento. Demasiado.

—¿Tanto se nota lo nuestro, trasto? —le dije al Quad cuando estuvimos los dos solos en la carretera de nuevo.

Me pareció que ronroneaba. Pero claro, fueron imaginaciones.

* * *

Dos días más tarde, había cena para todos. Invitaba el Gobierno portugués, en un restaurante de Mértola.

La comida portuguesa no es que sea muy variada, pero sirven unos platos muy generosos, y en el último rincón del país se cocina con perfección de palacio. Y gastan un vino magnífico.

Por si acaso, dijimos que no queríamos «queijo».

—Es un error —dijo Jesús—. Os perdéis una maravilla, que sólo se puede probar por aquí. Y es muy caro, porque sólo se hace en una época del año, y en pequeñas cantidades. A menudo, cada familia se lo hace para consumo propio.

Antes de que siguiera, pregunté por los resultados del análisis.

—Un hongo alucinógeno —informó Mario—. Muy sutil. Podía ser tomado por un fenómeno natural. Pero hablé con el «roupeiro» a quien se le compraron los «queijos». Respondo de él, es de absoluta confianza. Ese hongo fue añadido, quizás espolvorearon las esporas.

En el Alentejo, a los queseros les dicen «roupeiros». Cuando pregunté, me dieron una larga y ceremoniosa explicación en portugués, de la que entendí bien poco. Algo de que los quesos los escurren con ropa o no sé qué. Pregunté más bien por el extranjero del Patrol, y su relación con el de la capa.

Tanto João, el de Moura, que fue el primero que dijo conocerlo, como Mário, el de São Martinho, como Aquilino, el de Mértola, sabían algo acerca del hombre de la capa.

—Es un enemigo da revolução —dijo Aquilino.

Cuando los claveles, aquello del 25 de abril, en todo el Alentejo había habido ocupaciones de fincas, los trabajadores se habían lanzado a tomar propiedad de las tierras mal explotadas, latifundios inmensos sin cultivar que los propietarios usaban sólo para venir de caza de cuando en cuando. Por lo visto, Almeida Moráis da Fonseca, el ricachón de la capa, había protagonizado un montón de enfrentamientos con los labradores.

—Es salazarista —dijo Mário.

Contó que el ricachón había gozado de la protección del dictador antes del 25 de abril. Por lo visto, Salazar en persona había estado más de una vez de caza en las fincas del tal Moráis da Fonseca. Desde la caída del régimen, se rumoreaba que había fortificado su casa señorial, su «monte» que dicen por allí, dando refugio a varios antiguos miembros de la Pide, la policía especial de Salazar. Se le suponían contactos con los neofascistas italianos, y habían sido vistos en su finca hombres armados hablando alemán,

posiblemente neonazis.

Un angelito, vamos.

—¿Y el tipo del Nissan? —pregunté—. El que tiene aspecto de extranjero.

Se hizo un silencio. Los portugueses me miraban.

—Vocé és americano, ¿nao es certo? —dijo con precaución Aquilino.

Me lo vi venir.

—Sí —dije—. Pero mi país es muy grande, y en el caben bastantes hijos de puta. ¿Por qué?

Los portugueses moderan mucho el lenguaje, no dicen jamás una palabra fuerte.

—El es americano. Fou mercenário na guerra das colonias.

Así que era eso. Ya dije que me había parecido gánster de Chicago. Qué compatriotas más simpáticos me encuentro por el mundo.

Al parecer, el tal Almeida había reunido una buena banda de energúmenos. Se hablaba de que había estado implicado incluso en un golpe de Estado en España, que falló. Algo de un coronel Ferrero, o así. Mi querido compatriota se encargaba del adiestramiento de los hombres de Almeida.

—Bueno, y si eso es tan sabido, ¿por qué no toma sus medidas el Gobierno de Lisboa? —pregunté.

No había pruebas, dijeron. Además, a raíz de la «revolução dos cravos», el Gobierno había procurado no atacar demasiado a los supervivientes del antiguo régimen, para no invitarlos al golpe de Estado. Típico de las democracias jóvenes, necesitadas ante todo de ganar rodaje. Almeida había sabido mantenerse en su reducto, dentro de sus propiedades, y no mezclarse en ataques directos a la naciente democracia portuguesa.

Todo empezaba a estar bastante claro. Miré a Paloma, que por una vez no sonreía, y me miraba con los ojazos muy abiertos. Parecía pedirme disculpas con la mirada. Me pregunté cuánto de aquello sabía ella cuando me dijo que la acompañara para «hacer presencia».

Vaya con la cándida paloma, pensé. No terminaré nunca de meterme en líos a su lado.

Por otra parte, estaba también bastante claro que Almeida y los

suyos no quisieran presencia de extranjeros en su comarca. Pero también que no les convenía un enfrentamiento frontal con quienes tenían respaldo del Gobierno.

Faltaba saber cuál sería su próxima jugada.

Pregunté por los trabajadores. Habían recibido presiones, alguna amenaza bajo cuerda, pero sin consecuencias. Pagábamos lo suficiente, al parecer, para que prefirieran correr riesgos. Sobre todo cuando el trabajo no era duro y recibían mejor trato que el que les dieran los latifundistas.

No había demasiado motivo para preocupaciones, pensé. Así que me concentré en mi «bife da vitela», que resultaba ser un magnífico bistec de ternera, regado con buen vino tinto de la comarca. Sin nombre, pero magnífico.

Estaba atacando un postre mucho menos explosivo que su nombre, una especie de flan de huevo llamado Molotof, cuando los niños de la familia vegetariana empezaron a dar la lata, nerviosos. Se largaron una bronca de su padre, y me hicieron valorar lo bien que se va por el mundo solo. No tengo costumbre de andar relacionado con familias, y algunas veces resulta evidente por qué.

Pero debí haberme esperado lo que iba a venir.

¿No había hablado de la «próxima jugada» de los latifundistas?

Fue de las que apuntan a jaque mate.

Un desencajado alentejano entró en el restaurante escupiendo eses como loco. No entendí más que «campo arqueológico» y «excavações».

Pero tampoco hacía falta.

CAPÍTULO V

No había helado de postre, pero el hielo vino de boca del mensajero. Todo el mundo se echó a La calle de golpe, empujándose unos a otros.

Mercedes se quedó en el interior, con los críos, que seguían llorando. No quise pensar si sería que… Imaginaciones, desde luego. Un crío que llora es sólo un crío que llora.

Subimos en dos coches y el camión. Paloma conducía el suyo, y no envidié la suerte de los que subieron con ella. Pero no estaba el momento para preocupaciones de ese tipo. Hasta yo hice el Fangio cuesta arriba.

Me temí lo peor ya al llegar a la mezquita. En la noche destacaba un resplandor de fuego a la izquierda del edificio, a los pies de la muralla del castillo. Justo donde estaba situado el campo arqueológico, al lado de un viejo cementerio.

Los demás bajaron del camión antes, mientras yo aseguraba para evitar que rodara cuesta abajo. O sea que llegué el último.

Y fui el último, por lo mismo, en presenciar el desastre.

Había una gran excavadora plantada en medio de las zanjas. Resultaba monstruosa en la oscuridad, resaltando, amarilla, a la luz de las llamas.

Alguien había esparcido gasolina o petróleo, además, por todo alrededor, y ahora ardía, en charcos pequeños, por entre lo excavado.

Excavado por partida doble. Porque ese mismo «alguien» había usado la máquina, robada a buen seguro en algún lugar cercano, para excavar por ella, como en un macabro juego de palabras.

Cuando se ha visto a los arqueólogos trabajar milímetro a milímetro, con cepillos o con palillo de dientes, para dejar al

descubierto lo que la tierra lleva cubriendo miles de años, se comprende mejor la salvajada, la animalada inconcebible que había hecho ese famoso «alguien».

Y todos los presentes sospechábamos quién era.

Todo el mundo estaba petrificado. Me extrañó especialmente Paloma, normalmente tan activa. Pasé a su lado, de vuelta al camión, para buscar el extintor.

Cuando volví, comprobé lo que me pareció más dramático de todo: estaba llorando. Sentí que se hundía el mundo.

El trasto era bastante grande, muy de camión. Sirvió para apagar también el almacén de material. Pero no pudo evitar que los estantes de madera de las paredes se vinieran abajo… dejando rodar por el suelo, rotos y mezclados, todos los pedazos de cerámica que se habían ido acumulando allí, cuidadosamente etiquetados y clasificados.

Volví hacia Paloma. Se abrazó a mí, sin dejar de llorar. Me pareció imposible que fuera cierto. Y si me aprietan, un poco desproporcionado, incluso. A mí no me parecía tan grave, pero era una tragedia para ella.

—Todo el trabajo, Indiana —dijo—. Todo el trabajo de años. Habrán removido la estratigrafía, no va a haber manera de seguir. Todo el trabajo, ¿te das cuenta?

La dejé que se desahogara, mientras algo iba creciendo en mi interior, como bola de nieve cuesta abajo. Luego la cogí por los brazos, y la sacudí un poco.

—Venga —le dije—. Vale ya. De pie. ¿O. K.? Venga arriba.

Reaccionó. Tomó de nuevo el mando.

Con nosotros estaba uno de los representantes del Ayuntamiento, o Cámara, o lo que sea, del pueblo. Paloma lo mandó al teléfono más cercano, para dar orden de que alguien protegiera los otros dos lugares de excavación, en Moura y Sao Martinho. No se me había ocurrido, la verdad.

Observé cómo daba otras órdenes. Puso en marcha de nuevo a todo el mundo. Incluso a los portugueses, que estaban como sonámbulos. Supongo que avergonzados por lo que había pasado en su país, y con la escala de valores hecha pedazos. Ellos, tan respetuosos, tan jerárquicos…

¿Recuerdan lo que dije cuando lo del Quad? Con mis amigos que

no se metan, que soy muy especial.

Me contuve en aquel momento por Paloma, a quien le hacía falta que alguien le guardara las espaldas. Le hice de apoyo, viendo que lo necesitaba. Al día siguiente, y los otros.

La policía estuvo unos días enredando más que otra cosa. No es un prodigio de eficacia, precisamente, en Portugal como en tantos otros países.

Andaban revolviendo por todas partes, con sus uniformes que siempre parecen polvorientos, con ese color gris oscuro, y las gorras cilíndricas, no tan pintorescas como los tricornios de la Guardia Civil española, pero que también se las traen. Interrogaron, indagaron… Nada, como ya sabíamos. No lograron nada.

Sí, la excavadora la habían robado al otro lado del río, esa misma noche. No, nadie se había fijado en quién la conducía cuando atravesó el pueblo, armando un buen jaleo. No, a nadie le pareció raro, como los extranjeros estaban haciendo tanto escándalo… Y los extranjeros era quien yo sé y ustedes también, claro.

Nadie mencionó a Almeida, por supuesto.

Cuando terminaron, el equipo de Mértola volvió a empezar. Casi desde cero. Y cada uno volvió a su lugar. Paloma incluida, a Sao Martinho. Pensaba acabar allí, y reintegrarse al equipo de Mértola cuando lo otro estuviera más o menos en orden.

Yo volví a los caminos, con el Quad. Pero estaba madurando mi plan. No sé estarme quieto cuando algo me bulle en el cerebro.

Hubo otros detalles que no me permitieron bajar de nivel. Más bien me tuvieron sobre ascuas los dos o tres días siguientes.

El coche de uno de los arqueólogos portugueses amaneció con las cuatro ruedas pinchadas, en Moura. A uno de los trabajadores le dieron una paliza en su pueblo, cerca de Mértola, en una «casual» riña de bar, en la que fue provocado. A la familia de otro la estuvieron molestando hasta que dejó el trabajo. El pajar de la vivienda de otro de ellos, un tío joven que alternaba las faenas del campo con las excavaciones, ardió una noche. Hubo varios problemas de abastecimiento porque los vendedores de donde traíamos víveres recibieron presiones de varios sitios… Un ambiente de maldición rondaba las excavaciones. Como si por toda la región alguien se moviera para echarnos.

La cosa estaba ya pasando de la raya. No había paciencia posible.

Hablé con Aquilino en Mértola. Estaban consiguiendo ordenar lo destrozado con relativa facilidad. Trabajaban con rapidez para aprovechar la diferencia de color de la tierra recién removida con la máquina. O sea, que estaba contento. Y además, deseoso de reparar la mala impresión que nos hubiera hecho lo ocurrido.

Así que me proporcionó todo lo que le pedí, consiguiéndolo en el Ayuntamiento, o en otros lugares.

Lo primero, un buen plano de la comarca. Donde venía muy bien indicado el «monte» de Almeida Moráis da Fonseca, no lejos del dolmen de Sao Martinho.

Luego, la dirección de un bar donde podrían darme información sobre ese «monte» y sus ocupantes.

Era de una aldea cercana a Sao Martinho. Allá fui en cuanto tuve un rato libre, procurando que fuera hora favorable.

La sociedad rural tiene sus códigos. Y sus ceremonias. Así que me hice acompañar del mismo Aquilino. Un extranjero es siempre un extranjero, salvo si va con alguien del lugar.

El bar era, en realidad, un modesto rincón de la aldea, con apenas un techo por encima. Pero estaba suficientemente frecuentado.

Hubo que beber docenas de vasos. Un portugués tiene que comprobar «en qué plan viene» el que habla con ellos. Tardan horas en bajar la guardia. Y beben bastante, en esas horas.

Pero, una vez comprobado que el de enfrente es buen bebedor y acepta ser invitado y demás, el hielo se rompe.

Horas más tarde, ya de noche, cuando Aquilino y yo subimos al camión y lo puse en marcha, sabíamos lo que yo necesitaba. Apenas podíamos tenernos de pie, pero la información era abundante.

La clave parecía ser el Guadiana. En Mértola es todavía navegable, por lo menos para embarcaciones pequeñas y de poco calado. Ésa es una de las razones de su importancia arqueológica: río arriba han venido, siglo tras siglo, todos los mercaderes del mundo mediterráneo, a hacer intercambio con la gente de la comarca. Al parecer, AImeida había seguido la tradición.

Nos hablaron de una especie de yate de recreo del gran potentado. Lo anclaba en la desembocadura del río, en Vila Real do

Santo Antonio, frente al Avamonte español. Y de ahí solía hacer viajes a distintos lugares. La Costa del Sol española, pero también el norte de África. Y más lejos aún, decían. Muy lejos. Lo menos al otro extremo del Mediterráneo. El fin del mundo, para un labrador del Alentejo portugués.

Cuando anclaba en Vila Real, el potentado venía río arriba en una lancha con motor fuera-borda. Aquilino recordaba haberla visto pasar en más de una ocasión. Y sí, en la finca había un embarcadero, junto al río. El río Terges, claro, que en su confluencia con el Guadiana tiene calado suficiente.

¿Carga? Sí, a veces traían cajas. Muchas cajas, muy pesadas. Pero los labradores no sabían de qué. El señor Moráis da Fonseca tenía muebles muy buenos, de mucho dinero, y cuadros… Los alentejanos pensaban que podía ser de ese tipo de cosas.

Yo lo dudaba. Empezaba a hacerme una idea de qué es lo que se cocía por allí.

¿Visitas? Sí, muchas visitas. Gente muy importante, con coches muy grandes. Y camiones. Sí, de vez en cuando iban y venían camiones. Y hasta cargaban cajas de las que habían llegado por el río, sí…

Información abundante, digo.

¿Qué hacían? Cazar, por supuesto. Muchas escopetas. Pero también de las otras. «De esas que llevan los chicos cuando hacen la mili», había dicho, poco más o menos, uno de los del bar. No de las de dos cañones.

Fusiles militares. Ya. Y el que mejor manejaba esos fusiles, y enseñaba a los demás a disparar con ellos, y tiraban al blanco todos juntos, era un extranjero. Uno que siempre decía «okey». El que conducía un todo-terreno grande, sí.

Buena información. Casi todo lo que yo necesitaba saber.

Casi.

La colaboración de Aquilino me había sido muy útil. Para el resto, sin embargo, no podía ayudarme él. Le di las gracias al despedirme.

—Almeida es un enemigo da revoluto —dijo, repitiéndose.

Pero yo sabía lo que eso significaba: «no sé lo que estás tramando, extranjero, y no te voy a preguntar, pero si puedo ayudar en algo, cuenta conmigo».

Me habían dicho que en Portugal quedan pocos hombres de izquierda, pero éste lo era. Y sigo sin ser político, pero me gustan los hombres que creen en lo que dicen.

Para el resto, me hacía falta otro tipo de persona. Y, saltando sobre las apariencias, sabía dónde encontrarlo.

Así que esa noche dormí en Mértola, y a la mañana siguiente conduje el Quad hasta Moura.

Aparqué ante el arco de entrada interior del recinto de arriba. De la camioneta-vivienda salieron Miguel y Aurora, tan inocentes de apariencia como siempre. Los miré con prevención.

La prevención se confirmó.

—¿Te vas de paseo en tu camión amigo? —dijo Miguel.

—¿Con papá pero con mamá no? —dijo Aurora.

Se me puso la carne de gallina. No había hablado a nadie de mis planes. Absolutamente a nadie. Entré por el portalón casi de cabeza. Lo mejor era poner tierra por medio con aquellos niños.

Pero me siguieron.

Mercedes estaba ya, como siempre, en el foso, dirigiendo a los obreros y acompañada de João. Jesús andaba inventando algo, como siempre solía hacer, para mejorar las instalaciones. Creo que esta vez era una especie de montacargas a poleas para sacar la tierra del fondo del foso. Lo anterior había sido una bomba de elevar agua de fabricación casera. Y si no, se pondría a mejorar el asiento trasero de la camioneta.

Me acerqué a él.

Pero los niños, cogidos de la mano y todo, fueron más rápidos.

—Papá, Indiana viene a llevarte de paseo. Yo también quiero ir —dijo Aurora.

—Y yo —dijo Miguel—. Quiero dar un paseo en su camión amigo.

Tragué saliva.

—Ah, hola —dije.

Jesús despidió a los niños sin darse cuenta de mis nervios.

—¿Querías algo, Indiana? ¿Cómo va la reconstrucción en Mértola?

Le conté cómo iba todo, y luego, más o menos, que necesitaba su ayuda. Precisamente su ayuda, con su creatividad y su serenidad.

—Mmmm, bueno, eso suena muy importante. ¿De qué se trata?

Se lo expuse. Sonreía con solemnidad, sin interrupción.

—Tu misión —terminé— será sólo la de esperarme en el embarcadero, con la lancha preparada… si todo va bien. Si va mal, echarme una mano como mejor se te ocurra.

Se puso pensativo, sin dejar de sonreír. La idea no le desagradaba en absoluto.

—Vaya. Así que una especie de acción de comando, ¿eh? En terreno enemigo. Vaya.

—Puede ser peligroso. Hay hombres armados. Piénsatelo —dije.

No pestañeó.

—No merece la pena pensarlo. Lo que han hecho en Mértola con el trabajo de Paloma no tiene nombre. ¿Cuándo lo hacemos?

Quedé para esa noche. Le mantuve la mirada. Esta vez, el silencio significaba: «Nos vamos a meter en un follón, pero valdrá la pena. Me fío de ti».

Me largué antes de que apareciera su esposa, y me pidiera explicaciones. Y no quería tampoco ver a los niños.

Pero éstos me esperaban delante del Quad.

—¿Tampoco ahora nos das un paseo en tu amigo? —dijo Aurora.

—¿Por qué a papá sí y a nosotros no? —dijo Miguel.

—¿Vais a ir a pescar esta noche? —volvió a preguntar Aurora.

Pobre Quad. El no tenía la culpa de que yo quisiera salir de allí cuanto antes. No tenía derecho a abollarle la aleta como lo hice contra el túnel de entrada.

CAPÍTULO VI

Esperando a Jesús, junto al Guadiana, no lejos de la carretera principal que une Beja con Serpa, pensé que no estoy bien de la cabeza. Me iba a meter en la boca del lobo con la sola ayuda de un vegetariano, probablemente pacifista, que no era de ninguna manera un hombre de acción. Y al que, para colmo, esperaba una familia, por lo que tendría sólidas razones para dejarme plantado.

Pero creo que tengo horas de vuelo suficientes para conocer a los humanos.

Así que, cuando el don Quijote arqueólogo-consorte apareció, no tuve que tranquilizarme demasiado. No lo había dudado en realidad nunca… o casi nunca.

Había conseguido que me prestaran una Nemrod, versión española de esas lanchas mundialmente conocidas llamadas Zodiac, y que no desmerecía nada. El motor fuera-borda no era ninguna maravilla, por el contrario, pero no esperaba que nos hiciera demasiada falta, corriente abajo.

Paloma me mandaría a lugares bastante pestilentes cuando supiera que había usado el nombre de la Señora Doutora y el aval de la Universidad para conseguir la lancha, pero eso pertenecía al futuro. Lo importante era que, bajo pretexto de una investigación fluvial de las rutas comerciales en la antigüedad, y con diez sellos y un par de papeles timbrados de la Universidad portuguesa de Coimbra «prestados» por las excavaciones, me habían cedido la lancha.

Conseguir un buen machete, por lo que pudiera pasar, fue más fácil. Como en España, en Portugal tienen buena cuchillería y no preguntan en absoluto cuando vas a comprarla.

Me hubiera gustado llevar algo más contundente, algún arma de

fuego, pero ahora estaba incluido en la nómina de un grupo. No podía arriesgarlos a todos. Una vez en la finca, de lo que pudiera pasar era Almeida el único culpable.

Jesús llegó bastante cargado. Traía una mochila que parecía pesar una tonelada. Le pregunté qué era.

—Cosas —dijo—. Nunca se sabe.

Consiguió intrigarme, pero estaba claro que no iba a sacarle más, o sea que lo dejé hacer. Cuando te fías de un compañero de fatigas, o la confianza es total, o mejor no salir de casa.

Una de las razones para «contratarlo» había sido el relato que me hizo de cuando estuvo explorando el Tajo en la provincia de Guadalajara, con un bote. No había mentido.

Lo demostró pilotando la Nemrod como un experto. Estuvimos Guadiana abajo en cuestión de segundos. Además, intuía los remolinos ocultos y las rocas demasiado a flor de agua con una habilidad insospechada. Vaya familia sorprendente, los vegetarianos del demonio.

El Alentejo es casi un desierto. En algunas zonas no tiene nada que envidiarle a Etiopía. Como no fuera algún alcornoque de vez en cuando, o rebaños de ovejas apelotonadas para darse sombra unas a otras, no había nada viviente a la vista. Eso resultaba muy conveniente para nuestros fines.

Pronto no hubo nada que ver, ni viviente ni animal. Se hizo de noche, y no habría luna. A pesar de lo cual, el instinto de timonel de Jesús no disminuyó. Aquel tipo tenía algo de lechuza.

Apenas dijo una palabra en todo el camino, por otra parte. Se concentraba en su tarea. Parecía pensar que yo le había llamado para eso, y no para charlar, o sea que se empleaba en cumplir con su deber. Pura fibra, el tío.

Me sorprendió la aparición del Terges, a mi derecha, río abajo. ¿O debía decir a estribor, ya que estábamos en plan marinero?

No imaginaba que el río fuera un Amazonas, pero tampoco lo que en realidad fue. Dudé que la Nemrod pudiera remontar sin tocar fondo. Río arriba hay una presa, y debían haberla cerrado.

Tampoco tenía ninguna intención de anunciar nuestra llegada con el rumor del fuera-borda. No es que fuera muy ruidoso, pero aun así.

Eché una ojeada al mapa. Era de los de cartografía militar, y

bastante decente. Señalaba el embarcadero de la finca, e incluso los dos o tres edificios centrales de ésta, en medio de una serie de curvas de nivel. No es por nada si les llaman «montes» a estas casas en Portugal: desde hace siglos, las han venido construyendo en colinas, en el pasado para evitar bandoleros y ahora para dominar la propiedad desde la lejanía.

O sea, que nos faltaba sólo una curva del río para llegar al embarcadero. Hice señas a Jesús para que se arrimara a la orilla.

Lo hizo perfectamente.

Sin decir palabra, en la oscuridad, me colgué del hombro mi eterno macuto, y salté a la orilla.

Jesús tampoco preguntó ni hizo comentarios. Sabía cuál era su misión y pensaba cumplirla.

Pero me tendió lo que parecía una radio minúscula, como de juguete.

—Dale al botón si te ves en apuros —dijo.

Me sentí un poco ridículo. Se suponía que el experto era yo. Y de todas formas, no sabía cómo podría ayudarme mi compañero con aquel juguete.

Le di la espalda, y comencé a avanzar, cuidadosamente, hacia la casa.

Tenía la inequívoca sensación de estar metiéndome de cabeza en la boca del lobo.

* * *

Cuando llevaba unos minutos avanzando hacia las luces de la casa, que eran visibles allá lejos y arriba, me detuve un momento. Había que hacerse un poco de idea del lugar, antes de caer del todo en una ratonera.

Según había venido subiendo desde el río, a mi izquierda aparecía, al fondo de una cuesta, el embarcadero, visible por un farol minúsculo. Junto al farol, había una silueta. Menos mal que no había sido tan ingenuo de desembarcar por allí, estaba vigilado. Pero el recodo del río y las rocas de encima habrían hecho que no nos oyeran.

Yo estaba ahora en una especie de arista. A mi derecha, el suelo volvía a descender, pero esa vertiente se alejaba hacia el Guadiana, muy lejos. Había un par de cerros en medio, el terreno era bastante

quebrado.

Allá arriba, entre las luces de la casa y yo, distinguí un par de grupos de árboles. Los Moráis da Silva habían repoblado los alrededores.

Seguí avanzando, dejando ahora la arista a mi izquierda y bajando unos metros hacia un lado para ocultarme del vigilante del embarcadero.

Fue justamente entonces cuando la noche se llenó de ladridos de perro.

Y detrás, voces de guardianes que los seguían.

Todo ello venía hacia mí, y demasiado rápido para mi gusto.

Metí la mano en el macuto, y saqué un suculento bistec (bife de vitella, en denominación local), digno de mejor suerte. Un instante después volaba hacia los ladridos, en plan platillo volante, que llega más lejos.

Otro «bife» le siguió, pero éste más a la derecha, pendiente abajo, hacia el Guadiana.

Y por fin, el resto del paquete, con toda la fuerza que pude, con papel y todo, hecho una pelota para que rodase por la pendiente alejándose todo lo posible.

Contuve la respiración. Si no funcionaba…

Pasaron unos segundos. Interminables.

Funcionó.

Allá delante, en la oscuridad, los ladridos se convirtieron en algarabía perruna. Habían encontrado el primer «bife».

Luego, uno de los perros debió olfatear el segundo, y los ladridos se dirigieron hacia mi derecha. Y más algarabía. Me los imagine, en medio de la noche, peleándose para disputarse la carne. Qué miserable, el tal Almeida, debía de alimentar muy mal a sus perros.

Por último, se alejaron hacia donde había rotado el paquete. Con eso habría para un rato.

Yo corrí hacia la casa, yéndome un poco a mi izquierda para alejarme a la vez de los perros, y del camino por donde podrían haberlos seguido los vigilantes.

Me sentí muy inteligente. ¿O es que son ustedes los únicos que han visto películas?

De pronto, algo me rozó en la pierna. En el mismo instante, en la casa sonó un timbre.

Me eché al suelo. Desde allí, palpé el obstáculo. ¿Qué diablos era aquello?

Toqué un alambre. Pero no un alambre continúo. Eran como cuatro alambres en cruz, saliendo del suelo. Parecían ramitas.

«Dioses», pensé. Yo había visto de aquello en Vietnam. Y mi compatriota, seguro, también. Y le habían gustado tanto, que se había traído algunos.

Algunos detectores de personas, claro. Los llamaban ADSID, por Air Delivered Seismic Intrusión Detector. O sea, detector sísmico de intrusos lanzado desde el aire. Un trasto que se clava en el suelo, dejando salir solo los alambres para que parecieran ramas.

Pero debía de estar muy mal instalado, porque sólo había sonado cuando casi lo pisé. Una chapuza.

Sonreí. Mi compatriota era un ingenuo. Ni siquiera había aprendido la lección de Vietnam: que la técnica sola no sirve.

Recordé que el mismo aparato llevaba a veces un detector de olores humanos. Así que hice le que los vietcongs aprendieron pronto a hacer.

Como el principal olor detectado es el del sudor, y el sudor viene a ser como orina diluida, me meé sobre el detector. Los viets lo hacían. O sea que el transmisor informaba del paso de un ejército entero de soldados sudorosos. Muy sudorosos.

Justo a tiempo. De la casa salieron órdenes demando, y gritos de «¡go, go, go!, ¡run, run, run!». Me sentí rejuvenecido, aquello me recordaba mis tiempos.

Así que me lancé a una carrera, como si estuviera en Vietnam todavía… con algunos años menos. Pero me conservo muy bien, gracias. Nade como una vida aventurera para la forma física.

Corrí hacia la casa, pero hacia la izquierda. Entre unas cosas y otras, había avanzado haciendo un gran círculo, rodeando la mansión de los Morais da Silva.

Cuando pare de correr, tenía la colina, y la casa, entre los perros, los perseguidores, y yo.

Por desgracia, al otro lado quedaba también Jesús con la lancha. Me pregunté qué habría hecho. Pero don Quijote no tenía un pelo de tonto, seguro que se habría largado río abajo. Lo difícil sería reunirnos.

Me tome el tiempo de reflexionar un poco. Cuando descubrieran

lo de la carne, los perros volverían. Y seguirían mi rastro.

Bueno, pues seguiríamos jugando al Vietnam.

No tenía repelente para fieras, pero había tomado mis precauciones. Saqué un bote de amoniaco de mi macuto, y lo volqué por el suelo, en un amplio círculo.

¿Alguna vez ha intentado algún alma caritativa reanimarles después de una borrachera, haciéndoles oler amoniaco? A mí sí, maldita sea la estampa de aquel tipo. Se siente como si le metieran a uno, de un solo martillazo, un taco de madera por cada ventana de la nariz, directamente hacia el cerebro. Una caricia amistosa.

Sonreí, pensando en los pobres perros, con un olfato mucho más sensible que los humanos.

Por si acaso, unos pasos más allá, volqué un bote de ajo en polvo, de esos que venden para cocina. No les diré la marca, por no hacer propaganda gratuita. Los perros tendrían con qué entretenerse.

Ahora tendría vía libre… salvo que hubiera más ADSID.

Recordé lo que nos enseñaban en el adiestramiento para Vietnam. Sí, los trastos esos eran de largo alcance. O sea, que mi querido compatriota no los habría puesto cerca de la mansión, sino formando el reglamentario círculo lejano, en los bordes de la finca. Je, je, bastaría con recordar bien el manual para saber qué hacer.

Pero todo aquello no estaba consiguiendo más que ponerme sobre ascuas. Tantas precauciones ¿para qué? ¿Qué guardaban allí dentro aquella gente para protegerlo de aquella manera?

Me dirigí ahora recto hacia la casa. Todo bicho viviente debía estar buscándome en otra dirección.

Pero lo hice muy agachado, como mandan los cánones. Además, buscaba alguna última trampa.

La encontré.

Un alambre muy delgado, a varios centímetros sobre el suelo. Muy astuto, mi compatriota. Pero en el manual también venía ese truco. Y no fui mal alumno.

Pasé cuidadosamente por encima del alambre.

La mansión estaba ya cerca, muy cerca. Pero antes de llegar a ella había un bosquecillo de alcornoques y encinas, como los otros que ya había visto al llegar desde el río.

Pensé que sería un buen sitio para espiar los movimientos de la

casa. Y allá fui.

Fue mi única metedura de pata. Y pudo ser la última.

Pasé un rato entre los árboles. Había pocas luces, pero podía distinguir bien la casa. Por desgracia, parecía tener más de un siglo, o sea, construida en la época de los bandoleros y contrabandistas de la frontera con España. Una especie de fortaleza para resistir sus incursiones. Y los ataques de un ejército mediano. Apenas había ventanas al exterior, y éstas eran altas, con rejas, y alguna tenía incluso contraventanas con troneras estrechas. Una fortaleza.

Por donde no había pisos superiores, la tapia llegaba hasta unos cuatro metros de altura. Imposible saltar adentro.

Cuando estaba ya decidido a continuar camino, una voz detrás de mí dijo en mi viejo inglés:

—¿Are you finish, kid?

No tenía que decir más. Alcé los brazos. No tengo vocación de suicida.

Allí atrás, sonó el cerrojo de un fusil. Probablemente un «M-16».

—Y ahora, vuélvete despacio, compatriota.

No me había equivocado. Era el gánster de Chicago. Sin su Patrol. Pero con un «M-16», en efecto.

—Supongo que te creías muy listo, ¿no? No lo has hecho del todo mal. Pero has topado con un perro viejo. Soy maestro de reclutas.

Y al momento empezó a gritar órdenes en un portugués muy especial, probablemente aprendido en las colonias.

Pensé que todo estaba perdido. Si no me fusilaban allí mismo, conseguiría entrar por fin en la finca… pero rodeado de fusiles.

Había caído como un novato.

Capítulo VII

Estaba bastante bien, la mansión de los Moráis da Fonseca. Muchos años de dinero, invertido en muebles, cuadros y antigüedades. A mis compañeros de excavación les habría gustado verla, seguro que hubieran sabido apreciar todo el mobiliario.

A mí no me dejaron hacer la visita turística. Almeida estaba sentado en el salón principal. Muy ceremoniosos, los portugueses siempre.

Ocupaba un enorme sillón de respaldo alto, muy decorado con relieves. Entre ellos, sobre su cabeza, lo que parecía ser el escudo nobiliario de la familia Da Fonseca. Porque lo de Moráis, apellido de la madre según la costumbre portuguesa, no me sonaba muy nobiliario.

Tenía a su izquierda la chimenea, con un buen fuego, y a sus pies un par de dobermans. Un bicho que no me gusta nada: lo crearon los nazis para matar, y suelen ser asesinos poco fiables.

Pero menos fiables eran los asesinos que me empujaban a mí, con la punta de sus fusiles, hacia el jefe.

—Buen trabajo, Leatherwood —dijo Almeida. Hablaba un inglés bastante bueno. Los negocios, seguro—. Puedes decir a tus hombres que se retiren.

Eso me gustó. Algo podría hacer, si no me encañonaban por detrás, para escapar.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Almeida hizo un gesto casi imperceptible, y los perros enseñaron los dientes, bajando la cabeza. Un idioma perfectamente comprensible.

—No tengo que informarle de lo que pasará si hace un falso movimiento, ¿verdad? Bien, entonces podremos hablar como personas civilizadas, supongo.

—Eso ya lo dijo otra vez. No se repita —dije. No estaba dispuesto a ser buen chico.

—Ah, sí, cuando me interrumpió tan groseramente. Había procurado olvidarlo… señor James.

Vaya, sabía mi nombre. Eso me evitaba los problemas de siempre.

—Usted ha estado haciendo preguntas sobre mí. Yo he hecho preguntas sobre usted. Mejor dicho, las han hecho mis contactos, y el coronel Leatherwood, aquí presente, a quien ya conoce. Hemos aprendido mucho, ha sido muy interesante. Es usted el hombre que necesitábamos.

—Encantado —dije—. Pero llego bien a fin de mes. No me hace falta sueldo extra.

Almeida sonrió, con una mueca que supongo que quería ser astuta y malvada.

—No, no se preocupe. No será preciso pagarle nada. Nos será muy útil muerto. Como he dicho, es el hombre perfecto para nuestros fines.

Debí moverme un poco. Los dobermans volvieron a enseñar los dientes. Almeida continuó, imperturbable:

—Usted y ese camión suyo con el que suele molestar de acá para allá. Al parecer, según nuestros contactos en la policía española, ha tenido usted un turbio asunto de droga últimamente, en Madrid y en Londres.

Maldito sea, pensé. Otra vez el caballo dichoso.[6]

—Por fortuna, tenemos buenos amigos en la policía española, patriotas que no han olvidado al Generalísimo y su régimen de paz. Ellos nos han informado adecuadamente de sus andanzas, a preguntas nuestras.

Me imaginé quién podía ser. Los burócratas que me interrogaron, incluido el cretino del «vaya, vaya» podían muy bien ser los parlanchines. Fascistas del demonio…

—Además, hemos indagado. Es usted un hombre sin oficio, un aventurero… Es difícil de explicar su presencia en un equipo de arqueólogos, ¿verdad?

—Más raro es que gente como ustedes sigan viviendo en un país democrático, sin grilletes —dije.

—Bien, eso puede arreglarse… en cuanto el país deje de ser una

de esas estúpidas y decadentes democracias. Para ello, justamente, podría usted ser útil. No de forma frontal, es demasiado insignificante para ello, pero sí como un detalle lateral utilizable.

Quise decir algo, pero a una seña de Almeida, el mercenario me golpeó por atrás, haciéndome caer. Los perros se alborotaron, y Da Silva los arando sacar. Leatherwood dio la orden a uno de los de fuera.

—Gracias, Leatherwood. Siga encañonándolo, que podamos hablar. Por fortuna, su compatriota, señor James, sabe que estos regímenes nuevos sólo sirven para dar cobijo a comunistas de la peor especie y aventureros como usted. Su ayuda es inestimable. Bien, ahora que me permite continuar, lo haré.

»Usted y su camión se han movido mucho en os últimos días. Lo suficiente para ser sospechosos, en una zona fronteriza. Hemos puesto sobre aviso a la policía portuguesa, usando a oíros de nuestros hombres y hay una investigación en marcha.

»Ahora aparece usted aquí. Muy bien, lo ha hecho en el momento oportuno. Sabíamos, además, que lo haría. Uno de nuestros hombres encontró hace unas horas su camión estacionado en las cercanías de la carretera, cerca del Guadiana, un río que es frontera entre Portugal y España durante bastantes kilómetros, como usted sabe…

»Supongo que usó un bote para descender corriente abajo, ¿no es eso? Bien, en cuanto amanezca, mis hombres encontrarán ese bote donde usted lo haya ocultado, por supuesto. Será una pieza más en la representación. No será difícil, si lo ocultó tan mal como hizo con el camión.

»Así que, dentro de unas horas, usted y su bote serán encontrados en la frontera española, bastante cargados de ese polvillo blanco que usted conoce bien, llamado cocaína, vulgarmente caballo. Lástima de nombre, para tan noble animal.

»Una patrulla fronteriza española, de las que colaboran en nuestros negocios, le encontrará en plena faena. Y con un arma en las manos. Naturalmente, dispararán en defensa propia, y usted morirá, de forma claramente culpable.

»Por si alguien tiene alguna duda, habrá una verdadera fortuna en cocaína en el interior de su camión, que aparecerá no muy lejos. Con suficiente material procedente de las excavaciones como para

que resulte evidente que éstas son sólo una tapadera para sus actividades. Como mínimo, se suspenderán dichas excavaciones, que empiezan a resultar molestas por este territorio…

Ahí ya no pude callarme más, a pesar de mi compatriota.

—¿Por qué? ¿Qué puede molestarle una actividad tan pacífica?

—Atraen demasiadas miradas. Del Gobierno por ejemplo, y son causa de que se mueva por estas tierras gente como usted, por ejemplo. Es perjudicial para los negocios, sobre todo ahora.

Capté un gesto del mercenario. Almeida también. Cambió de tema, pero algo había dicho de más. Y yo reventaba por saber qué era.

—Como podrá imaginarse, la cocaína será de la adulterada… Una partida que cierto colega nuestro no sabía cómo quitarse de encima, y que nos ha cedido a buen precio.

»Y luego, claro, está la utilización parlamentaria que diputados cercanos a nosotros harán de este tema. Ya se imagina: ambos Gobiernos vecinos, protegiendo a contrabandistas de droga… Todo sirve, si es para descrédito de la democracia…

No estaba mal como plan. Lo que más me interesó fue que aún no sabían nada de la colaboración de Jesús. O sea, que había conseguido quedar fuera de todo.

—Así que ha sido una lástima, su brillante exhibición de técnicas de comando… Un poco burdas a veces, si me permite decirlo. Le hubiera sido útil pasar una temporada con nosotros, en compañía de esos jóvenes patriotas que, aprovechando la moda del «survival», adiestra tan brillantemente de vez en cuando nuestro querido coronel Leatherwood. Le aseguro que salen mucho mejor preparados de lo que usted ha demostrado estarlo. Mejor… aún, si me permite. Ah, por cierto, creo incluso que ha traído uno de esos nuevos cuchillos de supervivencia, popularizados por el cine de su país… ¿Me permite, coronel? ¿Es nacional o importado?

Mi compatriota el gánster cogió mi macuto y volcó su contenido encima de una mesa. Junto a mi recién comprado machete y a otras chucherías, rodó sobre el tablero el juguetito que me había dado Jesús. Almeida lo cogió, con curiosidad.

—¿Qué es esto? ¿Tiene juguetes, a su edad, señor James?

En realidad lo parecía. Era de plástico rojo, con unos rayos azules pintados. Pero tenía una antena telescópica bastante grande,

que Da Silva desplegó, curioso.

—¿O va a decirme que es un aprendiz de James Bond, con la electrónica a su servicio? ¿Qué ocurrirá si aprieto…?

—No haga eso, señor —dijo Leatherwood, vagamente preocupado.

El trastito hizo un inofensivo e infantil BEEEP, cuando Almeida apretó el botón. No pasó nada, claro.

Volvió a apretar. Nuevo BEEEEEEP Y luego otros BEEEEEP-BEEEEEP. Nada. Pero Leatherwood estaba preocupado.

—No lo haga, señor, ¡no lo haga! Puede ser peligroso.

—¿Peligroso, por qué? Es evidente que es sólo un juguete. Probablemente pertenece a alguno de esos chicos que esta gente, tan poco seria en su trabajo, ha traído consigo.

En eso acertaba. Era evidente que Jesús me había dado algo que había sido de Miguel o de Aurora. Lo que yo no sabía es por qué.

—Bien —dijo Almeida—. Pronto amanecerá. Tendremos que ir preparando la…

Pero Leatherwood, con gesto de alarma, le interrumpió.

—¡Espere! —Elijo—. ¿Qué es eso?

«Eso» era un zumbido de motor. Un zumbido que se hizo más cercano poco a poco. Me recordaba algo, pero no sabía qué.

—¡El patio! —gritó Almeida—. ¡Viene del patio interior!

Yo estaba tan sorprendido como ellos. Y como ellos, vi entrar de pronto, como un moscón gigante, un avión de aeromodelismo que llevaba en la panza, como los misiles de los aviones de combate en la realidad, un extraño cilindro negro y plata, con la parte delantera de cristal.

Entró majestuosamente por la ventana que daba al patio interior de la mansión (sin rejas, por supuesto), y dio una vuelta sobre nuestras cabezas. Fue Leatherwood el primero en reaccionar.

No había soltado su
«M-16
», con el que me encañonaba. Lo volvió rápidamente hacia el avión, disparó un par de ráfagas contra él, persiguiéndolo.

El yeso del techo, de las decoraciones en relieve de la vieja mansión, una lámpara artísticamente labrada, todo se vino abajo, en pedazos, bajo los disparos del mercenario. El avión siguió girando sin daño. Cambió incluso de dirección un par de veces.

Parecía estarse riendo de los disparos, con su aspecto de juguete infantil.

—¡Es un espía! ¡Un maldito espía electrónico!

Lo dijo desencajado, enloquecido, «it’s a spy, a bloody electronic spy», mientras disparaba más y más.

Almeida se lanzó sobre él.

—¡Meu pago! ¡Nao! ¡O meu pago!

Saltaba yeso de todas partes, y cristales hechos pedazos. Yo esperé, contando. Mis cálculos fueron certeros. Cuando estaba aún diciendo mentalmente «veintiocho, veintinueve, treinta», tratando de seguir, haciendo uso de toda mi experiencia de combate, el endiablado ritmo de disparo del «M-16» se oyó un «clic» tanto más sonoro cuanto que precedió al silencio. Un silencio en el que el avión zumbó a sus anchas como un avispón insultante.

Ése fue el momento. Leatherwood fue el primer sorprendido de que su magnífico fusil se quedara vacio. El siguiente gesto, en reflejo de buen combatiente, fue echar mano de otro cargador Para ello, accionó la palanquita que libera el cargador usado, que cayó al suelo, rebotando sobre Almeida, que sujetaba a su esbirro. Y ahí fue cuando entré en acción.

El mercenario se había alejado de mí unos pasos al disparar. Yo tenía sitio libre.

Me apoyé en la pared con ambas manos, tome impulso…

… Levanté ambas piernas por delante, al saltar…

… Y las lancé violentamente contra el pecho del coronel, por encima de Almeida, que se agarraba a su cintura.

Mi compatriota cayó hacia la puerta, cerrándola al caer, arrastrando a su jefe, que le fue un estorbo suplementario. Yo quedé encima de los dos llevado por mi impulso.

La cabeza del gánster golpeó en la puerta, con una llamada sonora como la del mejor aldabónazo. Un PAMM seco, que puso bien de manifieste que antes las casas de los ricos se construían con buenos materiales. Madera de primera clase.

Desde mi posición privilegiada, fue un juego de niños alcanzar la pistola automática que el mercenario llevaba en su reglamentaria

funda de combate. MMMMMMM, una «Colt Officer's ACP». El hijo de puta aquél tenía buen gusto. La eficacia de la vieja «Colt» 1911, bien conocida, pero varios centímetros más pequeña, por el cañón y por la culata. Una joya calibre 45.

Encañoné a Almeida con ella. A Leatherwood no hizo falta. Estaba absolutamente *groggy* por el impacto.

Poniéndome en pie, invité al portugués a hacer lo mismo.

Arriba, el avión seguía describiendo círculos. Al pasar frente a mí, lo saludé. El bicho movió as alas a un lado y a otro, como es costumbre entre los pilotos.

Solté la carcajada. Ahora estaba seguro: el bueno de Jesús. Todavía tendría que contarme cómo lo había hecho.

Aporrearon la puerta, «¡Senhor Da Fonseca! ¡Senhor Da Fonseca! ¿E tudo bem?». Y luego de nuevo, «¡Senhor Da Fonseca!».

Intentaban abrir, pero no podían. El cuerpo del coronel era un calzo espléndido. Controlé la ventana interior, de un disparo.

Empujé a Da Fonseca para hacerlo reaccionar, aturdido como estaba:

—¡Dígales que no entren! ¡Vamos! ¡Que no muevan un dedo, o no doy un escudo por su vida!

Me sorprendí a mí mismo con la precisión monetaria. Nada como una buena emergencia y un par de golpes para que reacciones como un león.

En esos casos sale a relucir lo mejor de mí mismo. Y al diablo con la modestia.

Almeida gritó órdenes a sus hombres. Le salieron un tanto temblorosas.

—Bien —dije—. Y ahora, dígales que se aparten de la puerta. Vamos a salir. Que nadie intente nada, o le convierto en un gruyere.

Espero que entendiera de quesos. A lo mejor no era *gourmet*, y no había probado más que el «queijo» local. Pero resultó que sí. Le faltó llorar, cuando habló a los suyos.

—Muy bien —añadí—. Ahora aparte ese saco de carne de cerdo.

Señalé a Leatherwood. Almeida sudó lo suyo para hacerlo. Mientras, sin dejar de apuntarle, recuperé el «M-16» de manos del caído. Y aún me las ingenié para ponerle un

cargador nuevo, con una sola mano, mientras apuntaba a Almeida con la otra. Suerte de la muy manejara «Colt».

—Muito bém —dije, cuando lo hubo hecho. Sé muy poco más de portugués, pero la cortesía no está de más, ¿no creen?—. Y ahora, andando para afuera.

La habitación daba a una especie de galería interior, abierta sobre el patio. En la galería esperaban dos o tres hombres armados. Reconocí a uno de los del primer encuentro, pero los demás eran simples labradores pagados.

—¡Todo el mundo abajo! ¡Rápido! ¡Fuera de aquí! —grité, tan ferozmente como pude, mostrando bien a las claras la pistola con la que apuntaba a Almeida.

—¡Faz favor! ¡Faz favor! —suplicaba éste.

Bajaron la escalera empujándose unos a otros. Y detrás bajamos Almeida y yo. Por cierto, muy poca entereza la del señorón. Temblaba como una hoja.

Abajo, en el patio, había de todo. Pero mucho menos preocupante de lo que esperaba. Muchos hombres, y casi todos armados, pero sólo unos pocos parecían de considerar. Los demás no eran gente de armas, sino más bien campesinos a los que se ha dado una pequeña instrucción.

El armamento era también variado. Algunos CETME españoles, de los que luego ha hecho una copia algo mejorada la Heckler und Coch. Varios «M-16». Pero los más «duros» llevaban el muy característico fusil de asalto «Galil», israelita.

«Dioses —me dije—, ahora está claro».

No había tiempo para análisis de largo alcance. La situación era bastante tensa.

En medio de un silencio sepulcral, avancé hacia la puerta principal. Me siguieron miradas iracundas, mientras las manos se crispaban sobre las armas. Avancé, pegado a la pared, con la «Colt» incrustada en la nuca de Almeida, mientras el «M-16» colgaba a mi espalda. Así me fui moviendo, sin dejar un momento de mirar a los hombres armados, hacia la puerta principal.

Almeida suplicaba de tanto en tanto un «¡Faz favor!». No estaba

quedando a la altura.

Pero lo que sí estaba aún en la altura, sobre las cabezas de todos los presentes, era el avión de Jesús. Se llevaba también su ración de miradas asesinas. Me pregunté cuánto combustible le quedaría al trasto.

Quedaba el momento más delicado: atravesar la puerta. Estaba seguro de que al otro lado habría más esbirros, probablemente con los perros. Al atravesar el umbral, tendría enemigos a ambos lados.

—Repítales la orden —dije a Almeida—. ¡Que nadie se mueva, o voy a hacer Molotov con su cabeza!

La comparación gastronómica no fue muy acertada, lo confieso, pero se entendió bien. Almeida suplicó, imploró, casi lloró a los suyos que no se movieran.

—¡Los de fuera! ¿Han oído? —dije—. ¡Eso vale para todos!

—¡Faz favor! —gimió Da Fonseca.

Como en respuesta, afuera rugieron los dobermans.

Lo hicimos de un salto, un doble salto sin red como en el circo. Pero con pistola, y más tembloroso. Ya fuera, volví a pegarme a la pared. Había cinco tipos armados, con incontables dobermans.

—¡Ese coche! —grité—. ¡Lo quiero delante de la puerta! ¡Rápido!

Uno de los matones atravesó un magnífico Mercedes color guinda ante la puerta de la mansión.

—Y ahora vamos a alejarnos. ¡No quiero un movimiento, perros incluidos! ¿Entendido? —grite ferozmente.

Me salen muy bien este tipo de *shows*… a veces. Como todo artista, uno tiene sus días.

Éste era de los de estreno, gran gala o qué sé yo.

Al menos hasta entonces.

Escoltados por los giros y el ronroneo de motor del aeromodelo, y dando frente a la casa, caminamos hacia atrás por el sendero que salía de ella. Estaba amaneciendo. Supuse que el camino llevaría al embarcadero. Pero estaba llegando el momento en el que Almeida sería un estorbo. Sólo que no sabía cómo quitármelo de encima, sin perjuicio de mi integridad física. Mucho me temía que el gruyere iba a ser yo.

Y faltaba saber si no lo sería de todas formas. Si algún vigilante había quedado por donde el embarcadero…

El destino, sin embargo, vino en mi ayuda.

Pero de una forma muy peculiar.

Lo hizo en forma de perro.

Sujetar durante mucho tiempo a un asesino a sueldo es difícil. Cuando éste es un perro, entrenado para atacar, y matar, a poco que se roce a su amo, es casi imposible. Además, los perros no saben de finezas como la de «si te mueves, mato a tu amo». Ellos muerden, y luego ya veremos.

Así que uno de los dobermans se soltó.

Y corrió hacia nosotros.

Los demás, doblemente excitados por el ejemplo de su congénere, se debatieron hasta conseguir soltarse. Supongo que contra la voluntad de sus cuidadores, incluso.

Pero salieron hacia nosotros como lo que son: asesinos feroces.

Allí terminó mi actuación de los días buenos.

Tampoco podía hacer mucho, compréndanlo. En mi situación…

O sea, que empujé a Almeida hacia los perros, y eché a correr. Con todo lo que daban mis piernas, lo juro. Sin el menor escrúpulo.

Si alguna vez quieren batir su propia marca en carrera a pie, pónganse un doberman detrás. Eficacísimo, palabra.

Y además, en la débil luz del amanecer, no sabía a dónde iba, mientras bajaba la colina corriendo como loco.

Menos mal que, como los Magos de la Biblia, llevaba mi estrella guía por delante. El avión de Jesús, como habrán adivinado.

Que, llegado un momento, se separó del sendero, y me invitó haciendo cabriolas a seguir hacia la derecha. Poco más o menos donde habíamos desembarcado.

Lo que me sorprendió fue que, de pronto, desde el embarcadero me llegó la inconfundible música de un
«M-16
» disparando a ráfagas cortas.

Me giré un instante. Lo hacía *sobre los perros y los esbirros que me seguían.*

O sea que… no sólo mi amigo el vegetariano, el pacifista, estaba disparando para ayudarme, sino que…

… Entonces, ¿hacia quién corría yo? ¿Y quién manejaba el avión?

Con la preocupación encima, seguí al aeromodelo, corriendo sin

parar. Procuré incluso disparar hacia atrás con la «Colt», sobre los perros, pero sin mucho empeño. Me apetecía más la carrera que el tiro al blanco, puestos a deportes mañaneros.

Efectivamente, allí delante estaba Jesús, a bordo de la Nemrod, con el motor en marcha.

Y con un trasto en la mano que tenía una antena monstruosamente larga.

El tío, mientras yo llegaba, se permitió inclusa el lujo de hacer un impecable aterrizaje con el aeromodelo, llevarlo rodando suavemente hacia él, por la orilla, sobre su tren de aterrizaje, y recogerlo para echarlo en la lancha.

Salté en la mencionada lancha de cabeza, con muy poco estilo.

El pulsó un par de botones en su cacharro con antena…

… Y allí atrás estalló el infierno.

CAPÍTULO VIII

Con la misma tranquilidad con que lo haría si nos fuéramos de pesca, mi amigo el don Quijote de los inventos movió el timón, y la lancha se deslizó plácidamente corriente abajo del Terges, hacia el Guadiana. Por poco se me pone a silbar alguna cancioncilla y todo.

Mientras tanto, allá atrás, en varios puntos de la orilla y en las cercanías del embarcadero, parecíamos haber dejado a todo un cuerpo expedicionario protegiendo la retaguardia.

Sólo que cuando miré, tras recobrar la posición vertical a bordo, descubrí que lo que estallaba eran luces de colores, ruedas de luego girando, tracas verbeneras.

Y eso sí, un
«M-16
» regulado para ráfagas de tres en tres.

Los dobermans iban de un lado a otro enloquecidos, y algunos nos seguían por la orilla, ladrando ferozmente, sin decidirse a saltar a las frías aguas.

De los esbirros del terrateniente, unos iban como locos de acá para allá, y otros disparaban, parapetados, contra el embarcadero desde donde hacía fuego el fusil automático.

Luego, éste calló. Sonaron algunos disparos más. Y luego, el silencio.

Pero, para entonces, habíamos salido al Guadiana, Jesús había dado lodo el gas, y navegábamos a Favor de la corriente, hacía Mértola.

Fuera del alcance de los hombres de Almeida Moráis da Fonseca, por fin.

Con su habitual dignidad solemne, Jesús se concentraba de nuevo en guiar la lancha. Pero una sonrisa traviesa por allá entre la

barbaza evidenciaba que estaba contento de sí mismo.

—Vegetariano de los demonios, castellano de mil diablos, especie de… ¿Me quieres explicar qué diablos has montado? —le dije.

Sonrió tímidamente, como crío al que se pilla en falta.

—Bueno —empezó—, tardabas tanto, que me entretuve en hacer unas pocas diabluras. Creí que serían necesarias, y así ha sido.

Y seguía mirando hacia delante, y usando oí timón a golpecitos de cuando en cuando.

—Pero bueno —continué—, ¿de dónde has sacado eso dei avión? ¿Y qué era el trasto ese de juguete que me diste?

Volvió a sonreír, más abiertamente, con un aire travieso que, en un tipo de su tamaño, resultaba muy divertido.

—Verás… Hace un año le regalé a Miguel, para Navidad, ese avión radio controlado. Pero no le hizo mucho caso, porque es un niño demasiado pequeño aún. Mercedes me acusó de haberme gastado el dinero en un juguete inútil, y pensé que había que darle una utilidad, era una lástima desperdiciarlo. Así que he estado investigando un poco con radiocontrol, servos y demás…

Me miró un momento, con picardía, y siguió cori la mirada fija en el río, mientras hablaba.

—Es muy interesante, se pueden hacer muchas cosas. Es cuestión de poner un receptor y un servo en el punto exacto. Y ahora, en las ciudades, las familias tiran a la basura los juguetes de radio-control casi en cuanto se les acaban las pilas. Yo los recojo y siempre son útiles.

Empecé a comprender por qué su mujer andaba siempre a la greña con él y sus inventos.

—El mando rojo que te di es, en realidad, del juguete de Miguel. No servía más que para darme la señal de partida, y un poco la orientación de por dónde andabas. El resto fue cosa de buscarte.

—Ya —dije—. Pero ¿de dónde has sacado el material? Porque eso de la panza del avión es una cámara de televisión miniatura, de circuito cerrado, ¿no es cierto?

Tenía un aspecto aún más travieso cuando siguió explicando:

—Sí… Verás, me hice amigo de gente de Ciencias, en la Universidad. Siempre están experimentando con material nuevo, bastante moderno a veces. Son del Departamento de Electrónica, y

buenos amigos. Les dije que era para las excavaciones, y en realidad pensaba usar el equipo para eso, aunque no lo tenía muy claro. Sólo que cuando me dijiste que te ayudara, y cuando intuí lo que pensabas hacer, pensé un poco en qué material podría necesitar, y… Bueno, ha salido bien, ¿no? Una cámara miniatura, y mira el monitor. Por cierto, qué salto el tuyo contra aquel tipo del fusil.

—De fusiles quería hablarte. ¿Qué fue lo del
«M-16
» del embarcadero?

Ahora estaba como culpable, cogido *in fraganti.*

—Ah, sí. Bueno, yo soy pacifista, pero… Bien, cuando hay un amigo en peligro, pues… Yo también hice la mili, ¿sabes? Y pensé que te habías metido en un buen lío. Quiero decir, que a lo mejor tenía que intervenir, y… De todas maneras, el centinela estaba más atento a lo que estaba pasando arriba, en la casa, y él se lo estaba perdiendo, que en vigilar el embarcadero, así que…

Bueno, mira, por un golpetazo en la cabeza no se muere nadie, ¿verdad?, yo voy a seguir teniendo las mismas convicciones que antes. Y bueno, fue cosa de fijar el fusil, ponerle un servo y un receptor, y ya está. Le di la orden por radio y el cacharrito funcionó.

Lo contemplé con admiración. No me había equivocado de persona. O sea, que había estado dispuesto a… A pesar de… Preferí seguir hablando. Qué castellanos estos del demonio.

—¿Y los cohetes?

Soltó la carcajada.

—A Aurora le encantan, ya ves si nos ha salido pacifista la cría. Para que te fíes de eso «de tal palo, tal astilla». Y dentro de tres días es su cumpleaños. Para una vez que vamos a estar celebrándolo fuera de casa… Por cierto, habrá que comprar más, te tocará pagarlos a ti.

Iba a contestarle lo muy a gusto que lo haría, cuando corriente arriba sonó algo. Y el algo, en cuestión de segundos, fue el ruido de un motor.

Un motor fuera-borda, de potencia infinitamente superior al nuestro, que se acercaba a toda velocidad.

Eché mano, automáticamente, al
«M-16

» que aún llevaba colgado a la espalda, lo amartillé, esperando.

Sabía perfectamente quién era. Como he dicho ya, sé juzgar a los humanos.

Maldije no haber echado una ojeada al embarcadero. Y que Jesús no hubiera pensado en dejarles sin medios de seguirnos. Pero bastante había hecho ya mi amigo, saltando sobre sus convicciones.

De detrás de un recodo del río por el que acabábamos de pasar, apareció una lancha a motor de línea afiladísima, propia de embarcación de superlujo.

Y en efecto, lo que llevaba atrás como propulsor más parecía el motor de un

B-52

que de una lancha.

Y por supuesto, quien empuñaba el fusil, a proa, apuntándolo contra nosotros, era Leatherwood.

Pero yo disparé primero.

Grité a Jesús un «¡Agáchate!» e hice fuego.

El piloto debió de quedar sorprendido, porque hizo un primer movimiento hacia el exterior de la curva del río, opuesto a donde estábamos nosotros Pero enseguida se rehízo, y giró. La lancha, como majestuosamente, remontó la corriente sin dificultad durante unos instantes para luego volver a descender hacia nosotros. Zigzagueaba para hacerme el blanco más difícil.

Tenía sólo algunos segundos. Éramos un blanco perfecto.

Así que hice fuego a la línea de flotación. Justo en la parte trasera, la que menos bailaba sobre la espuma.

Fallé por poco. Es decir, hice blanco y perforé el casco, pero demasiado arriba.

Por un momento no supe la razón, pero la lancha de ellos hizo un extraño giro, y luego se salió de control.

El piloto detuvo el motor, y la lancha flotó a favor de la corriente, sin más velocidad que la del agua.

Jesús, agachado buscando protección en el cuerpo de la Nemrod, había dado toda la potencia, y nos alejamos con todo lo que daba el motor. Que no era mucho. Más parecía una cortadora de césped que un fuera-borda.

Adiviné lo que había conseguido. La canoa de los perseguidores era de las de volante, y mis disparos habían cortado el cable del

timón por ese lado. No se hundirían, pero iban a tardar un rato en seguirnos.

Se lo dije a Jesús. Estaba seguro de que, si podían arreglar la avería de alguna forma rápida, nos seguirían. Leatherwood no era de los que abandonan.

—¿Pruebo con el avión? Quizá pueda echárselo encima.

Le dije que no. Leatherwood necesitaba más que eso para detenerse.

—¿Sabes si podemos salir a la orilla por algún Jugar?

Por dónde íbamos, imposible. Había verdaderos acantilados a una y otra orilla.

—Ni idea —dijo—. Conozco este lugar tanto como tú.

—¿Cuánto falta para Mértola? No dispararán a la vista de todos.

—Tampoco lo sé —dijo—. No creo que falte mucho.

Vaya dos expertos, pensé. Debía de leérseme en la cara, porque nos echamos a reír, a carcajadas, los dos, como dos locos. El buen humor es una vía de escape espléndida cuando estás en apuros.

Lo estábamos. Río arriba volvió a oírse el motor.

—Ahí vienen —dije—. Por cierto, ¿tiene este trasto un ancla?

—Sí que la tiene —dijo, abriendo un minúsculo pañol a proa—. Y por cierto, demasiado grande para lo que hace falta.

«Mejor», pensé, desenredando la cuerda.

—Atento ahora. Cuando yo te diga, echas el ancla, y esperemos que frene en seco. O en mojado, visto donde estamos. Si no podemos sacarle partido a la velocidad, lo intentaremos con el menor peso. Atento a cortar motor y aguantar el tirón.

Por otra de las curvas del río apareció de nuevo la lancha. Esta vez mi rival no se dejaría sorprender, ya venía disparando.

Por fortuna, estaban aún lejos, y el rió era ancho y pedregoso por aquel lugar. Éramos un blanco demasiado bailante para afinar la puntería, sobre la espuma y a veces casi bajo ella.

Hice fuego, a mi vez, más por detenerles que por alcanzarles.

Estaban más cerca, por momentos.

Leatherwood disparó de nuevo.

PFFFFF, hizo la Nemrod deshinchándose. Nos había dado.

Por fortuna, las lanchas de este tipo llevan siempre doble cámara de aire, para seguridad. La de dentro aguantaba. Pero de la mojadura no nos iba a librar nadie.

Sólo que temía mucho más otros baños. De plomo, por ejemplo.

Todo dependía de mí. Afiné la puntería, a lo largo del asa de transporte del
«M-16
» que protege a la vez el visor.

Disparé de nuevo una ráfaga corta. Pero fallé otra vez.

Ahora la lancha se nos venía encima. O más bien pretendía alcanzarnos, ponerse paralela a nosotros, y que mi compatriota pudiera a placer freímos a tiros.

Intenté evitarlo disparando. Pero no hubo manera.

Inició la maniobra, a todo gas.

Leatherwood se puso en pie y todo, despreciando mis disparos. Sería un hijo de puta, pero valor no le faltaba.

Apuntó. Intenté dispararle, pero no podía alcanzarle, con los saltos de la Nemrod, deshinchada y todo.

Supe que iba a disparar. Ahora, o nunca.

—¡Tírala! —grité a Jesús.

Lo hizo, casi antes de que se dejara de oír mi voz. Buenos reflejos.

Cortó a la vez el motor, y los dos nos tiramos al fondo de la Nemrod, en el que había bastante agua. Pero peor eran las balas.

Leatherwood disparó. Un solo tiro. Debía haberme apuntado a mí, seguro de no fallar.

Pero falló, afortunadamente. Si no, creo que ustedes no habrían leído esto. El PANNIIIING nos ensordeció. Había pasado muy muy cerca.

Y entonces, justo entonces, el ancla mordió en el fondo.

El cable se tensó.

Y la Nemrod dio un salto, y un brusco viraje.

Creo que en las Malvinas los ingleses usaron una táctica semejante con los aviones Harrier cuando los perseguían los Super-Etendard argentinos. Los segundos, más rápidos, pasaban de largo, y quedaban a tiro.

Si me disculpan la comparación presuntuosa, eso hicimos nosotros. Mientras Jesús ponía en marcha de nuevo el motor y procuraba recuperar el ancla, yo tuve un blanco perfecto en la lancha de los perseguidores, que de pronto se me aparecía de popa, mostrándome claramente el fondo interior, el suelo del habitáculo.

Perforé el suelo con una buena ráfaga de balas, todo lo concentradas que pude.

Del agujero brotó un surtidor inmenso de agua, que desequilibró la embarcación.

Leatherwood perdió el equilibrio, y fue el primero en caer al agua, soltando el fusil. Un final lamentable para un combatiente de su talla.

Su cabeza volvió a la superficie justo cuando pasábamos muy cerca del lugar. Muy muy cerca.

Tuve su cara en el punto de mira un instante. Lo juro. Pero ya no era un arrogante hijo de puta, sino un hombre mojado que busca no ahogarse.

Y yo, pues ya saben: no soy un asesino.

Mientras nuestra lancha se alejaba de los restos de la otra, entre los que braceaban los demás esbirros, me quedé mirando al húmedo Leatherwood, que también me miraba a mí, mientras se mantenía a flote nadando entre las revueltas aguas.

Fue un poco la repetición de nuestro encuentro en la carretera, pero de forma bien distinta.

Tuve un momento de duda, y levanté el fusil. Pero volví a bajarlo. No podía eliminar a un hombre así como así.

Supe que volveríamos a vernos las caras aquel tipo y yo. Que era peligroso dejarlo con vida. Y que tendría tiempo de arrepentirme de no haberle metido bala.

Y ahora podía hacerlo. Cómodamente.

Pero no lo hice.

—Bien hecho, Indiana —dijo Jesús, que debía intuir lo que me pasaba por la cabeza.

Y esas palabras de mi amigo significaban todo lo demás.

O sea, que basta.

Capítulo IX

Les enviamos a la policía, claro.

Y ésta no encontró nada, claro también. ¿No se lo imaginaban?

Para empezar, Almeida Moráis da Fonseca, entrañable ciudadano sin tacha, estaba pasando unas vacaciones en Brasil, donde tenía numerosos testigos para probar que había llegado días después de que viniera a nuestras excavaciones en Moura para animar a los trabajadores a descubrir las riquezas del suelo patrio. ¿Cómo podíamos insistir nosotros en lo contrario?

Era el testimonio de dos personas contra varias docenas. Por otra parte, ¿qué estábamos haciendo nosotros por el río? ¿Acaso alguno de nosotros tenía título de patrón para navegar por una vía fluvial? No, ¿verdad? El policía estaba dispuesto a olvidar la irregularidad administrativa en nombre de la ciencia arqueológica, un campo en el que nuestra actividad era muy meritoria y encomiable… si nosotros dejábamos de afirmar tonterías.

¿Disparos en la finca? ¿Destrozos en los techos? En efecto, uno de los sirvientes había bebido más de la cuenta, y se le escaparon varios disparos al techo, por los que había sido convenientemente reprendido, y despedido, por supuesto. Todo estaba en orden ahora.

¿Armamento? ¿Disparos? ¿Sensores electrónicos para intrusos? Sólo se encontraron abundantes armas de caza, cuya posesión estaba perfectamente legalizada por las convenientes licencias. Y si, se habían tomado algunas medidas especiales de seguridad, como es lógico, en una finca tan grande y que albergaba muebles y antigüedades de tan inmenso valor. Nada especial tampoco.

¿Cocaína? Por favor.

¿Neonazis? ¿Neofascistas? ¿Fuerzas paramilitares? Pero hombre, qué imaginación teníamos El señor Da Fonseca recibía frecuentes

visitas de sus numerosos amigos, procurados en sus abundantes contactos con el extranjero por vía comercial. Incluidos, a veces, jóvenes de excelentes familias extranjeras. Sin ir más lejos, un par de hijos del secretario general adjunto del Ministerio de Cultura, de quien procede, no lo olviden, el permiso de excavación de que ustedes disfrutan, ha pasado unos días en la finca, dedicado a la caza de perdices y otros volátiles menores. No me dirán ustedes que…

Todo había sido así. De ese estilo.

¿Una lancha hundida? Un lamentable accidente, sin duda. Hay numerosas rocas a flor de agua en el Guadiana, que es peligroso para la navegación en algunas épocas del año. Hay que ser prudente, muy prudente, pero la juventud, ya se sabe. Sobre todo los extranjeros, hay gente tan alocada…

Paloma vino a mi encuentro. Sabía que estaba furioso por todo aquello. Por no poder probar lo que allí se cocía. Porque Almeida hubiera escapado. Por no saber qué había sido de mi rival, Leatherwood. Con una sensación de impotencia ante lo desconocido que me pone frenético.

—Anda, ven, han llegado algunos amigos míos de otra época. Te gustarán. Ven, te los presento, y te distraes.

Maldita la gana que tenía yo de hacer vida social.

—Anda, hazme caso. Son gente muy agradable, ya es hora de que conozcas otra cara del país.

La acompañé, porque era ella. Ponía un empeño especial. Pero, desde luego, estaba un poco harto de aquel país que no conseguía siquiera erradicar a sus…

BOOONNG.

Primero fue como un campanazo de catedral, sólo para mí, como si me llegara por los auriculares de un *Walkman*. Luego, música de violines.

¿He dicho que estaba harto del país? ¡Ni hablar! ¡Qué tontería! Estaba, por el contrario, completamente dispuesto, en alma y cuerpo, a profundizar en las bellezas del país. A profundizar mucho, totalmente. Dispuesto de cuerpo, más que de alma. La prolongada abstinencia, la pertinaz sequía…

Esta belleza se llamaba Teresinha. Pero el nombre es lo de menos.

Las portuguesas son muy especiales. Tienen una dulzura especial, y una especie de extraña personalidad en sus rasgos que… Bueno, para qué contar. Como un nervio especial, una cosa…

Y les va el negro. Lo saben, y lo explotan. Se ponen un pañuelo negro, atado así, como en plan folk, como según la costumbre popular, y saben perfectamente que con eso les resalta una enormidad el pelo negro, las cejas negras, los ojos negros… Uf.

Me entraron unas ganas tremendas, tremendas, de profundizar en Teresinha. Mucho. Íntimamente.

Y Paloma, la muy bruja, se reía, se reía… Me miraba, miraba a Teresinha, que parecía sentir repentino interés por las relaciones internacionales, de preferencia lusonorteamericanas, y se reía… ¿Cómo habría sabido ella que…?

Tuve tiempo de acordarme de su risa días más tarde, en la parte alta de Mértola, por donde el «campo arqueológico», ya reconstruido, o reexcavado, como quieran. De nuevo en orden, quiero decir.

Estaba yo intentando «profundizar» cada vez más en Teresinha, ante una puesta de sol sobre la curva del Guadiana, no lejos de la mezquita, capaz de enternecer a un financiero de Wall Street.

Paloma pasó sin vernos, camino del campo. Del campo arqueológico, quiero decir.

—Paloma va fazer visita a o seu passado.

—¿Qué pasado? ¿Qué quieres decir?

No me lo dijo en el momento. Esperamos que ella volviera a salir, un buen rato después.

—Ven —dijo la «menina».

Con ella iba yo al fin del mundo. Pasamos por entre las zanjas y nos encontramos en el cementerio de Mértola. ¿He dicho ya que está junto a las excavaciones, al pie de las murallas del castillo, en lo más alto de la colina que domina el Guadiana? Pues eso.

Teresinha me llevó por entre las tumbas, hasta una muy sencilla. No sé cómo se las arreglan estos mediterráneos, será a base de cal, pero consiguen que sus cementerios sean muy poco lúgubres, casi bonitos. Como dice un cantante español, cuando me muera, que me entierren «En la ladera de un monte, más alto que el horizonte, quiero tener buena vista». En Mértola se cumple.

Esta tumba, con «buena vista», tenía un nombre: José. Los

apellidos apenas se veían, estaban escritos en letras mucho más pequeñas y casi borradas.

—¿Sabes lo que eso significa? —dijo ella.

Me pareció que sí. Un «no me importa tu nombre completo, tu familia, tu pasado, quién eras». Creo que sí, que lo entendí.

—Fou Paloma quien lo quiso así. E tudo a su gusto.

—¿Qué pasó? —pregunté.

Salimos andando del cementerio, hacia las excavaciones. Ella me fue contando.

—Fue hace años. Se conocieron aquí, trabaIhando juntos nas excavações, ella por parte del Gobierno español, él por el portugués. Intimaron, y se enamoraron. Yo estaba con ellos por entonces, he sido la melhor amiga de Paloma.

Se detuvo un poco. Como buena portuguesa, era respetuosa con lo ajeno.

—Fizieran planes de casamento e tudo. De pronto, él fou enfermo, por unos meses e fou morto a pouco. Paloma me diso que nao volvería. Tudo esto quedóu como estaba, por annos. Pero él quiso ficar acá, onde el trabalho.

Pensé en nuestra charla en Madrid, cuando la comida en el chino. O sea, que era esto. Lo del rico que ponía pegas, Da Fonseca, era lo de menos. Quería mi compañía para volver aquí.

—No devéu de ser fácil pra elha. Pero pensóu que era melhor continuar el trabalho.

Ahora me explicaba el porqué de que se echara a llorar cuando lo de la excavadora. Cuando dijo lo de «el trabajo de años». Me explicaba muchas cosas.

Recordé Madrid, cuando la conocí, cuando todo aquello de la bolsa de Harrod’s y la cocaína. Mis esperanzas en el apartamento. Había sido un poco idiota.

Me entró una especie de respeto. Como si hubiera entrado donde no debía. Pero ahora entendía todo lo que había detrás de su sonrisa Incluso el mérito que tenía de seguir sonriendo, la muy bruta. Qué tía. Con todo aquello a cuestas.

Bajamos hacia el pueblo. Teresinha, parados ante la mezquita mientras se ocultaba el sol, todo rojo, se puso a hablar de cómo

podían sentirse sus antepasados, musulmanes o romanos, contemplando una puesta de sol como aquélla. Luego, me contó la leyenda de Salúquin, una muchacha romana de Moura, donde las otras excavaciones. Una leyenda triste, llena de «falum», ese hado negativo y terrible, tan mediterráneo, que da nombre al «fado», el canto portugués.

Oyéndola yo estaba dispuesto a todo En aquel rincón del mundo podía ser posible todo.

Por cierto, Mercedes nos había contado que Miguel y Aurora se habían estado despertando durante toda la noche en que nosotros, Jesús y yo, hicimos de comandos. Los críos hablaban de «hombres malos», soldados, un «avión chico» y barcas, y su papá era un héroe y les ganaba a todos. Me atraganté con la sopa que estaba comiendo.

Todo, era posible todo.

Aquilino vino hacia nosotros. Se marchaba, tenía que volver a Coimbra.

—Toma —dijo—. Creo que és um amigo pra ti.

Y se marchó. Era un reportaje de la «*jet*-set» en una fiesta en la Costa del Sol española. Da Fonseca aparecía, elegantísimo, junto a un árabe. La revista no decía el nombre, pero me sonaba la cara.

Yo sabía que el hecho de darme la revista, para él significaba otra cosa. (Todo el mundo me hablaba en clave así, pero lo raro es que los entendía). Venía a decir: «no culpes a mi país, en todos pasa lo mismo». Aquilino, el portugués del 25 de abril, tenía que disculpar a Portugal, su país, ante el amigo extranjero.

Bajamos hacia el bar. Ojeé el periódico. Hablaba de un lío político en mi país. Algo de una venta de armas a países orientales. Una gran flecha partía de Israel, señalaba Portugal, y volvía hacia Oriente. Decía, en portugués, algo así como «La conexión portuguesa».

Recordé los fusiles «Galil» que había visto en la finca de Da Fonseca. Las palabras del alentejano del otro bar, que me contaba los viajes del ricachón, en su yate, «al otro extremo del Mediterráneo», y las cajas «muy pesadas» que traía luego, Guadiana arriba.

Todo parecía querer encajar.

La foto de Da Fonseca con aquel magnate árabe de la costa

española. ¿No era aquel famoso traficante en armas?

Teresinha atrajo mi atención de la mejor manera posible. Me besó como ella sabe hacerlo. Los labios le sabían a vino, a «vinho verde» portugués. La mejor copa, pensé.

Alguien puso, en un tocadiscos decrépito, un «fado» de Amalia Rodríguez. Recordé a Paloma y su historia. Bebimos, Teresinha y yo, a su salud.

Estaba dispuesto a dejar que rodara el mundo. Total, no iba a poder pararlo…

Y a quedarme en el Alentejo mucho tiempo. Mucho. El que fuera necesario para conocer a fondo todas sus bellezas. Empezando, naturalmente, por la que tenía al lado. MMMMM, qué tierra. Y qué mujer.

Nos esperaban largos viajes, en el Quad, por el país.

Por cierto: me puse morado de «queijo».

Pruébenlo. Consejo de amigo.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Véase «Paloma, caballo y rey», número anterior en esta colección. < <

[2] Idem, «Paloma, caballo y rey». < <

[3] Véase «Un autobús muy espacial», núm. 13 de esta colección. <<

[4] Véase igualmente el número anterior, «Paloma, caballo y rey». <<

[5] Véase en esta misma colección «Siglos bajo agua en Assuán». <<

[6] Véase «Paloma, caballo y rey», número anterior de esta colección. < <